

El valle del terror
y
Recuerdos de
Sherlock Holmes

Edición de Alberto Laiseca

Traducción de Jorge León Burgos Funes

ARTHUR CONAN DOYLE



Colección: Nowtilus pocket
www.nowtiluspocket.com

Título: El valle del terror y Recuerdos de Sherlock Holmes
Autor: Arthur Conan Doyle
Edición de: Alberto Laiseca
Traducción: Jorge León Burgos Funes

Copyright de la presente edición © 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño de colección: Marine de Lafregeyre
Diseño de cubiertas: eXpresio estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-576-9

Índice

EL VALLE DEL TERROR.....	9
Prólogo	11
Parte I.....	15
1. La advertencia.....	17
2. Sherlock Holmes hace un discurso	27
3. La tragedia de Birlstone	35
4. Oscuridad.....	45
5. Los personajes del drama	57
6. Una luz tenue	69
7. La solución	81
Parte II	97
1. El hombre.....	99
2. El jefe del cuerpo	109
3. Logia 341, Vermissa.....	127
4. El valle del terror	143
5. La hora más oscura	153
6. Peligro	167
7. La captura de Birdy Edwards	177
8. Epílogo	187
RECUERDOS DE SHERLOCK HOLMES.....	191
Prólogo	193
Prefacio.....	197
1. La aventura del pabellón Witeria.....	199
3. La aventura de la caja de cartón	235
4. La aventura del círculo rojo.....	259
5. La aventura de los planos de Bruce-Partington	279
6. La aventura del detective moribundo	313
7. La desaparición de <i>lady</i> Frances Carfax	331
8. La aventura del pie del diablo	353
9. Su última reverencia. Recuerdos de Sherlock Holmes.....	381

El valle del terror

Prólogo

Ya desde las primeras líneas de esta novela vemos algunas de las maldades de Holmes para con su antiguo amigo y víctima, el Dr. Watson: «—Me inclino a creer... —dije». «—Yo también —contestó Sherlock Holmes».

A menos que nuestro detective sea adivino (cosa que no creemos) la injustificada interrupción no es otra cosa que una burla sardónica. Watson se molesta, por supuesto: «—Realmente, Holmes —dije con sinceridad—, a veces se pone insoportable».

Pero no es el único chiste despreciativo y sangriento que le hace. Un poco más adelante el doctor realiza una deducción casi obvia. Holmes no se la iba a perder: «—Brillante, Watson. Está muy despierto esta mañana».

Esta obra tiene, entre otras cosas, el mérito de ser la primera vez que tenemos una referencia al profesor Moriarty, el archienemigo de Sherlock Holmes. Físicamente no aparece en ningún momento, pero gracias a nuestro bien-amado detective sabemos que su cerebro de diablo está detrás de todo. «Docenas de pequeños hilos que nos llevan, vagamente, hacia el centro de una telaraña, donde la venenosa e inmóvil criatura, está al acecho».

Pero según Holmes, Moriarty (pese a ser un «Napoleón vil» del crimen) no es el inventor de lo que hoy llamaríamos un padrino mafioso: en el siglo XVIII hubo, en Inglaterra, otro cerebro criminal parecido. «Todo viene en círculo, incluso el profesor Moriarty». «La vieja rueda vuelve y el mismo discurso se repite. Todo ya ha sido dicho antes y lo será de nuevo».

El valle del terror es la historia de un perseguido. De un hombre valiente que luchó contra una sociedad secreta de asesinos juramentados.

La primera parte de la novela transcurre en Inglaterra. Nuestro héroe se ha refugiado aquí huyendo de los malvados. Los dañó gravemente y los que sobreviven claman venganza. Pero no es tan fácil liquidar a Douglas. Si le largan una cobra él se transforma en mangosta y la mata.

Los *barredores* (así se llaman a sí mismos los criminales, porque «limpian», «barren» a los hombres buenos e inocentes si no ceden a sus chantajes) se convencen de que en Inglaterra es difícil moverse, contratan entonces al profesor Moriarty, padrino y capo mafioso. ¿Este último lo conseguirá? No sabemos porque aquí está Holmes para proteger.

El propio detective nos dice: «Watson insiste en que soy un dramaturgo en la vida real. Un toque de artista está oculto dentro de mí y me llama, insistentemente, a una representación bien escenificada. Ciertamente nuestra profesión sería monótona y sórdida si algunas veces no hiciéramos una escena para glorificar nuestros resultados».

Dramaturgia, sí y exactamente, que se torna fatal para los chicos malos. Nunca resulta más peligroso Holmes que cuando dice estas cosas con un aire de ligereza.

De todas maneras, y a pesar de Sherlock Holmes, alguien muere de manera espantosa, excesiva, yo diría. Y aquí viene una de esas descripciones de Conan Doyle, por completo macabras, que me deleitan: «Lentamente las sombras se oscurecieron sobre la larga y sombría fachada de la antigua casa. Un helado y sombrío vapor desde el foso nos congelaba hasta los huesos y hacía temblar nuestros dientes. Había una única lámpara sobre la entrada y un firme globo de luz en el estudio fatal».

La segunda parte transcurre veinte años atrás, en los Estados Unidos, en un valle minero de hierro y carbón, donde la sociedad secreta hace de las suyas. El lugar era un paraíso de trabajadores, matrimonios y buenos sueldos, hasta que llegaron los *barredores*.

Escribe Conan Doyle: «Era difícil pensar que estos ansiosos y francos chiquillos eran, en realidad, una temible banda de asesinos, cuyas mentes habían sufrido una tan completa perversión moral, que tenían un horrible orgullo de su eficiencia en el trabajo y veían, con el más grande

respeto, al hombre que tenía la reputación de hacer lo que ellos llamaban *una tarea limpia*».

Para que veamos la catadura de estos muchachos encantadores daré un solo ejemplo. A un grupo de ellos se les ordenó liquidar a alguien. Nada sabían de la futura víctima ni les había hecho algo en lo personal. Solo cumplían órdenes. Ahora bien, el trabajo no tiene por qué ser solemne ni estar divorciado de la diversión. El pobre hombre les pidió piedad. Lo dejaron explayarse a gusto... y luego lo mataron. Ya cumplida la importante tarea, todos se reunieron en un bar de absoluta confianza. Uno de los participantes en el hecho, completamente borracho, comenzó a imitar de manera muy graciosa los clamores de la víctima. Aquello gustó tanto que los otros le pidieron, una y otra vez, que lo repitiese.

La gente honesta del valle, que era la mayoría, no se atrevía a denunciarlos. La más mínima oposición, real o imaginaria, significaba la muerte. Con total desvergüenza los *barredores* se consideraban impunes e invencibles. Pero un día de esos llegó un hombre al *valle del terror* que, con sus mismas armas, los descabezó. Como es natural no diré cómo, para no privar al lector del placer de leerlo por su cuenta.

A partir de aquí la acción se traslada nuevamente a Londres, veinte años después, donde la habíamos dejado.

Como ya dijimos Moriarty es el encargado de realizar la venganza de los mafiosos norteamericanos, puesto que ellos fallaron.

Holmes advierte a la policía y al interesado del peligro. Según el gran Sherlock el endiablado profesor no puede permitirse fallar. Todo su prestigio está en juego.

Pero bien se ha dicho que el principal poder del vampiro consiste en que casi nadie cree en su existencia. Esto mismo pasa con Moriarty: se lo tiene por un brillante e inocente científico, que incluso publicó, entre otras cosas, *Las dinámicas de un asteroide*.

La insistente prédica de nuestro detective, no obstante, comienza a convencer a unos pocos. Alguien le pregunta desesperado: «—¿Dice usted que nadie podría vengarse de este rey de los diablos?» «—No, yo no dije eso —pronosticó Holmes, y sus ojos parecían estar observando

lejos en el futuro—. No dije que no puede ser vencido. ¡Pero deben darme tiempo, deben darme tiempo!».

Día llegará en que la gran araña, Moriarty, deberá enfrentarse con otra aún mayor y más astuta: Sherlock Holmes.

Alberto Laiseca

I

La tragedia de Birlstone

La advertencia

—Me inclino a creer... —dije.

—Yo también —contestó Sherlock Holmes, impaciente. Soy uno de los mortales más pacientes; pero admito que me molestó la sardónica interrupción.

—Realmente, Holmes —dije con severidad—, a veces se pone insoportable.

Estaba muy absorto en sus propios pensamientos, para dar una respuesta inmediata a mi queja. Se apoyó sobre su mano, con el desayuno intacto ante él y clavó la mirada en la hoja de papel, que acababa de sacar de un sobre. Luego, miró el sobre a contraluz y lo estudió cuidadosamente, por fuera y por dentro.

—Es la letra de Porlock —dijo pensativo—. Me quedan pocas dudas de que sea su letra, aunque la haya visto solo dos veces antes. La *e* griega, con ese firulete arriba, es muy distintiva. Pero si es Porlock, entonces, debe ser algo de gran importancia.

Hablaba más consigo mismo que conmigo; pero mi incomodidad desapareció para dejar lugar al interés que despertaron aquellas palabras.

—¿Quién es ese Porlock? —pregunté.

—Porlock, Watson, es un *nom de plume*, una simple señal de identificación tras la cual se esconde una personalidad deshonesta y evasiva. En una carta formal, me informó abiertamente que ese no era su nombre y me desafió incluso, a seguir su rastro entre los millones de personas de esta gran ciudad. Porlock es importante, no por sí mismo, sino por el gran hombre con quien se mantiene en contacto. Imagínese al pez piloto con el tiburón, al chacal con el león, cualquier cosa que sea insignificante en compañía de lo que es formidable: no solo formidable, Watson, sino también siniestro, en el más alto nivel de lo siniestro.

Es entonces cuando ingresa en mi jurisdicción ¿Me ha escuchado alguna vez hablar del profesor Moriarty?

—El famoso científico criminal, tan famoso entre los delincuentes como...

—Por favor, Watson —murmuró Holmes en tono desaprobatorio.

—Estaba a punto de decir «como desconocido para el público».

—En cierto modo, —dijo Holmes— está desarrollando un inesperado, pero sutil, agudo sentido del humor, Watson, del que deberé aprender a resguardarme. Pero, al llamar criminal a Moriarty, está haciendo una difamación ante los ojos de la ley. ¡Y es precisamente allí, donde yace la gloria y maravilla de esto! El más grande maquinador de todos los tiempos, el organizador de todas las maldades, el cerebro que controla el sub-mundo, un cerebro que puede haber construido o destruido el destino de las naciones, ese es nuestro hombre. Pero tan lejos está de sospechas, tan inmune a la crítica, tan admirable en sus manejos y sus «actuaciones», que por esas palabras que acaba de pronunciar, lo podría llevar a la corte y quedarse con su pensión anual como una indemnización por daños morales. ¿No es él el aclamado autor de *Las dinámicas de un asteroide*, un libro que, asciende a tan raras cuestiones de matemática pura, que se dice que no hay individuo en la prensa científica capaz de criticarlo? ¿Es este un hombre al que se puede difamar? ¿Doctor mentiroso y profesor calumniado, esos serían los respectivos roles! Eso es ser un genio, Watson. Pero si soy eximido por gente de menor inteligencia, nuestro día seguramente llegará.

—¡Espero poder estar ahí para verlo! —exclamé con devoción—. Pero estábamos hablando de este hombre, Porlock.

—Ah, sí, el así llamado Porlock es un eslabón en la cadena, no muy lejano al gran enlace. Entre nosotros, Porlock, no es un eslabón muy sólido. Es el único defecto de la cadena, hasta donde he podido observarla.

—Pero ninguna cadena es más fuerte que su eslabón más débil.

—¡Exacto, mi querido Watson! Allí justamente, reside la importancia de Porlock. Guiado por aspiraciones rudi-

mentarias de justicia, y estimulado por un ocasional cheque de diez libras, enviado a través de métodos indirectos, me ha dado, una o dos veces, información valiosísima, puesto que anticipa y previene, más que vengar el crimen. No dudo que, si tuviéramos la clave, encontraríamos que esta comunicación es de la naturaleza que acabo de explicarle.

Otra vez Holmes alisó el papel contra el plato intacto. Yo me levanté e, inclinándome hacia él, observé detenidamente la curiosa inscripción, que decía lo siguiente:

534 C2 13 127 36 31 4 17 21 41
DOUGLAS 109 293 5 37 BIRLSTONE
26 BIRLSTONE 9 47 171

—¿Qué deduce de esto, Holmes?

—Es, obviamente, un intento de transmitir información secreta.

—¿Pero, cuál es el sentido de un mensaje en cifras, sin la clave?

—En este momento, ninguno.

—¿Qué quiere decir con «en este momento»?

—Porque hay mensajes que puedo descifrar tan fácilmente, como descubro los apócrifos en una columna de avisos. Medios tan crudos, entretienen a la inteligencia sin fatigarla. Pero, esto es diferente. Es, claramente, una referencia a las palabras de la página de algún libro. Hasta que me diga qué página y qué libro, no puedo hacer nada.

—¿Pero, por qué «Douglas» y «Birlstone»?

—Obviamente, porque esas palabras no están en la página en cuestión.

—¿Entonces, por qué no ha indicado el libro?

—Su agudeza innata, mi querido Watson, esa astucia que es el deleite de sus amigos, lo prevendría de colocar la clave y el mensaje en el mismo sobre. En caso que se extravíe, estaría incompleto. Por ello, ambos deben ir por distintos rumbos, en caso de que algún peligro los amenace. Nuestra segunda pista está atrasada, y estaría sorprendido si no nos trae, o una explicación más detallada de la carta, o, lo que es más probable, el mismo volumen al que se refieren estos números.

Los cálculos de Holmes, se cumplieron, en pocos minutos, con la aparición de Billy, nuestro sirviente, con la carta que estábamos esperando.

—La misma letra, —me indicó Holmes, al abrir el sobre— y esta vez, está firmada —añadió con interés mientras lo abría—. Vamos, ya estamos llegando, Watson.

Sin embargo, su frente se nubló, al fijarse en el contenido.

—¡Por Dios!, esto es muy decepcionante. Me temo, Watson, que todas nuestras expectativas, se han visto frustradas. Confió en que este hombre, Porlock, saldrá sin problemas de esto.

Estimado Mr. Holmes» —escribe— «No iré más lejos en el asunto. Es demasiado peligroso, él sospecha de mí, puedo verlo. Vino inesperadamente, después de que escribiese la dirección en el sobre, con la intención de enviarle la clave del cifrado. Fui capaz de esconderla. Si la hubiera visto, me hubiera ido, realmente, mal. Pero, puedo leer la desconfianza en sus ojos. Por favor queme el mensaje en cifras, que ya no puede servirle para nada. Fred Porlock.

Holmes se sentó por un momento frente al fuego, y estrujó la carta entre los dedos, frunciendo las cejas.

—Después de todo, —dijo finalmente —puede que no haya nada en él. Puede ser solo su conciencia culpable. Reconociéndose como traidor, puede haber leído una acusación, en los ojos de los demás.

—La otra persona a la que se refiere, presumo, es Moriarty.

—¡Nada menos! Cuando cualquiera de esa sociedad habla de «él», uno sabe a quién se refiere. Hay un «él» predominante entre todos ellos.

—¿Pero, qué puede hacer él?

—¡Hum! Esa es una gran pregunta. Cuando se tiene a uno de los principales cerebros de Europa en contra, y todos los poderes de la oscuridad tras él, hay infinitas posibilidades. De cualquier manera, Porlock está, evidentemente, asustado. Comparé, cuidadosamente, la escritura de la nota con la del sobre, que fue hecha, según nos dijo,

antes de esa inesperada visita. Esta, es clara y firme, la otra, es difícilmente legible.

—¿Pero, por qué escribió, después de todo? ¿Por qué, simplemente, no tiró la nota?

—Porque temía que, en ese caso, yo hiciera algunas investigaciones y le causara problemas.

—Sin duda —dije—. Por supuesto —había levantado el mensaje cifrado y lo estudiaba—. Es un poco sorprendente saber que hay un importante secreto en este pedazo de papel, y poder conocerlo, está más allá de los poderes humanos.

Sherlock Holmes había apartado el desayuno sin probar y encendió su pipa, que era la compañera de sus profundas meditaciones.

—Me pregunto... —dijo, recostándose y observando el techo—. Tal vez, haya puntos que escaparan a tan maquiavélica inteligencia. Consideremos el problema, a la luz de la razón pura. La referencia de este hombre, es un libro. Ese, es nuestro punto de partida.

—Punto de partida algo vago, por cierto.

—Veamos si lo podemos acotar. Cuanto más me concentro en él, más impenetrable se vuelve. ¿Qué indicaciones tenemos acerca de este libro?

—Ninguna.

—Bueno, bueno, seguramente no es tan malo como eso. El mensaje comienza con un gran 534, ¿no es así? Podemos tomar como una hipótesis, que 534, es la página a la que se refiere. Así, nuestro libro, se ha convertido en un *gran* libro, que ya es algo. ¿Qué otras indicaciones tenemos sobre la naturaleza de este *gran* libro? El siguiente signo, es C2. ¿Qué saca de eso, Watson?

—Segundo capítulo, sin duda.

—Eso es muy difícil, Watson. Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo en que, si se nos ha dado la página, el número de capítulo no tiene relevancia. También, de que si la página 534 está en el segundo capítulo, la longitud del primero, debe ser bastante intolerable.

—Columna —exclamé.

—Brillante, Watson. Está muy despierto esta mañana. Si no significa columna, entonces estoy completamente desorientado. Ahora, vea, comenzamos a vislumbrar un

gran libro, impreso en columnas dobles, que son de considerable extensión, pues, una de las palabras, está indicada en el documento, como la 293. ¿Ya hemos llegado a los límites que la razón nos puede proveer?

—Me temo, que ya los hemos tocado.

—Ciertamente, comete una injusticia consigo mismo. Un centelleo más, mi querido Watson, solo un poco más de esfuerzo cerebral. Si el volumen hubiera sido una rareza, me lo habría enviado. En lugar de eso, quiso, antes de que sus planes se derrumbaran, enviarme las pistas, en ese sobre. Lo dice en la nota. Esto quiere decir, que piensa que se trata de un libro, que no tendré dificultad alguna en encontrar, por mí mismo. Él lo tiene, y se imaginará que yo también lo tengo. En resumen, Watson, este es un libro muy común.

—Lo que dice, suena posible.

—Así, hemos reducido nuestro campo a un libro extenso, impreso en dobles columnas y de uso cotidiano.

—¡La Biblia! —pronuncié triunfante.

—¡Bien, Watson, bien! ¡Aunque no, si puedo decirlo, lo suficiente! No podría nombrar otro volumen, que se asociara tan poco con los hombres de Moriarty. Además, las ediciones de las Sagradas Escrituras son tan numerosas que, difícilmente, supondrá que dos ejemplares, puedan tener los mismos números de página. Es un libro que está estandarizado. Da por seguro que, su página 534, se corresponderá con mi página 534.

—Pero, pocos libros tienen esas características.

—Exacto. He ahí nuestra salvación. Nuestra búsqueda, se ha reducido a libros estandarizados, que cualquiera puede tener.

—¡*Bradshaw*!

—Hay ciertas dificultades, Watson. El vocabulario de *Bradshaw*, es vigoroso y conciso, pero limitado. La selección de palabras, vagamente, se prestaría para enviar mensajes generales. Eliminaremos *Bradshaw*. El diccionario es, me temo, inadmisibile por la misma razón. ¿Qué es lo que queda?

—¡Un almanaque!

—¡Excelente, Watson! Hubiera estado equivocado si no hubiese dado con ese punto. ¡Un almanaque!

Consideremos los servicios del Whitaker's Almanac. Es de uso común. Tiene el número de páginas requerido. Está en dos columnas. Además, aunque es reservado en su vocabulario, al principio, se vuelve, si mal no recuerdo, muy locuaz hacia el final —tomó el libro de su escritorio—. Aquí está, página 534, segunda columna y se refiere, según me parece, al comercio y recursos de la India Británica. ¡Anote las palabras, Watson! El número trece es «Mahratta». Me temo, que no es un comienzo muy prometedor. Número ciento veintisiete, es «Gobierno», lo que al menos tiene sentido, aunque algo irrelevante para nosotros y el profesor Moriarty. Ahora, intentemos de nuevo. ¿Qué es lo que hace el Gobierno de Mahratta? La siguiente palabra es «cerdas». ¡Estamos derrotados, mi querido Watson! ¡Se terminó!

Había hablado con tono burlón, pero la contracción de sus cejas, anunciaba decepción e irritación. Me senté, sin poder ayudar y descontento, observando el fuego. Un largo silencio fue roto por una súbita exclamación de Holmes, que corrió al armario, del que salió con un segundo volumen color amarillo en su mano.

—¡Pagamos el precio, Watson, de estar muy actualizados! —exclamó—. Lo estamos, y sufrimos los castigos. Siendo solo el 7 de enero, hemos confiado a ciegas en el nuevo almanaque. Es muy probable que Porlock, tomara su mensaje del anterior. No hay duda de que nos lo habría dicho, de haber escrito su nota de explicación. Ahora, veamos que nos depara la página 534. Número trece es «Hay», lo que es mucho más prometedor. Número ciento veintisiete es «un». «Hay un» —los ojos de Holmes, brillaban de excitación, y sus delgados dedos, temblaban mientras pronunciaba las palabras. «Peligro» ¡Ha, ha! ¡Importante! Escriba eso, Watson. «Hay» «un» «peligro» «puede» «venir» «muy» «pronto» «uno». Luego tenemos el nombre «Douglas» «rico» «hombre del campo» «ahora» «en» «Birlstone» «House» «Birlstone» «seguridad» «es» «urgente»¡Lo tenemos, Watson! ¿Qué piensa, de la razón pura y su fruto? Si el tendero tuviera, algo así, como una corona de laureles, debería enviar a Billy, inmediatamente, por una.

Me quedé mirando fijamente el mensaje que había garabateado, mientras él lo descifraba, en una hoja de papel oficio, en mi rodilla.

—¡Qué rara y enmarañada manera de expresarse! —dije.

—Por el contrario, lo ha hecho de una forma muy notable —dijo Holmes—. Cuando uno busca en una columna, palabras para precisar un significado, difícilmente, puede hallar todas las que se necesitan. Está obligado a dejar algo, para la inteligencia de su destinatario. El significado, está perfectamente claro. Una maldad, se está tramando en contra de un tal Douglas, que, quien quiera que sea, es un hombre de campo adinerado. Está seguro, (seguridad fue lo más cercano que encontró para decir seguro) de que es apremiante. He allí nuestro resultado y por cierto, que se trató de un análisis bastante minucioso.

Holmes, tenía la alegría imprecisa de un verdadero artista ante su mejor obra, de la misma manera en que, se lamentaba oscuramente cuando caía, debajo del alto nivel al que aspiraba. Aún se reía muy discretamente, cuando Billy abrió la puerta, para dejar entrar al inspector MacDonald de Scotland Yard.

Eran los primeros días, a finales de los años ochenta, y Alec MacDonald, todavía estaba lejos de alcanzar, la fama nacional de la que es ahora dueño. Era un joven, pero miembro de confianza, del departamento de detectives, que se había distinguido en varios casos, que se le habían encomendado. Su alta y angulosa figura, prometía una excepcional fuerza física. Su gran cráneo y sus profundos y lustrosos ojos, hablaban, a su vez, y no con menos claridad, de la agudeza de inteligencia, que chispeaba detrás de sus amplias cejas. Era un hombre callado y preciso, de serio carácter y con un notable acento de Aberdeen.

Dos veces en su carrera, Holmes, lo había ayudado a alcanzar el éxito, siendo su única recompensa, el placer intelectual que encontraba en resolver problemas. Por esta razón, la inclinación y el respeto del escocés, hacia su colega *amateur* eran profundos, y los demostraba, con la franqueza con que consultaba a Holmes, ante cada dificultad. La mediocridad no conoce nada más allá de ella, pero el talento, instantáneamente, reconoce a los genios, y

MacDonald, tenía talento suficiente para su profesión, como para ser capaz de percibir, que no había humillación en buscar la asistencia de alguien que, era único en toda Europa, tanto por sus cualidades, como por su experiencia. Holmes, no estaba predispuesto a la amistad, pero era tolerante con el escocés, y sonrió al verlo.

—Veo, señor Mac. que es un pájaro madrugador —dijo—, y sospecho que su presencia, significa que algo malo ha sucedido.

—Si dijera «espero», en lugar de «sospecho», estaría más cerca de la verdad. Estoy pensando, Holmes —el inspector respondió con una sonrisa—. Tal vez un trago disparará el frío de la cruda mañana. No, no fumaré, gracias. Debo esforzarme mucho, ya que las primeras horas de un caso, son las más preciosas, como nadie, mejor que usted, sabe. Pero..., pero...

El inspector se había detenido de repente, y miraba fijamente, con absoluto asombro, un papel que había sobre la mesa. Era la hoja sobre la que yo había garabateado el enigmático mensaje.

—¡Douglas! —balbuceó— ¡Birlstone! ¿Qué es esto, Holmes? ¿Esto es brujería! ¿Dónde, en nombre de todos los dioses, consiguió estos nombres?

—Es un código que, el Dr. Watson y yo, tuvimos oportunidad de resolver. ¿Pero, por qué, qué hay de extraño en esos nombres?

El inspector nos miraba, a uno y otro, sorprendido.

—Solo esto —dijo—, que Mr. Douglas, de Birlstone Manor House, fue horriblemente asesinado anoche.

Sherlock Holmes hace un discurso

Era aquel, uno de esos dramáticos momentos, para los que mi amigo vivía. Hubiera sido una exageración decir que estaba alterado o incluso excitado, por el sorprendente anuncio. Incluso, sin tener una pizca de maldad en su personalidad, una larga sobrestimulación lo había vuelto visiblemente insensible. Aún así, si sus emociones eran opacas, sus percepciones intelectuales, eran excesivamente activas. No había ni rastro del horror que yo había sentido con esa cruda declaración. En cambio, su expresión parecía como la quieta e interesada postura del químico, que ve los cristales cayendo de su posición inicial, por la solución sobresaturada.

—¡Extraordinario! —dijo— ¡Extraordinario!

—No se ve muy sorprendido.

—Interesado, señor Mac, pero apenas sorprendido. ¿Por qué debería estarlo? Recibo un mensaje anónimo, de un origen que sé importante, advirtiéndome que, un peligro amenaza a cierta persona. En una hora, me entero que este peligro ya se ha materializado, y que la persona, está muerta. Estoy interesado; pero, como observa, no estoy sorprendido.

En pocas oraciones cortas, explicó al inspector los hechos, acerca de la carta y el cifrado. MacDonald, se sentó con el mentón entre sus manos y las grandes y rojizas cejas, se juntaron en una maraña amarilla.

—Iba a Birlstone esta mañana —dijo—. Vine a preguntarle, si le interesaba venir conmigo. Pero, por lo que dice, podríamos, quizá, hacer un mejor trabajo en Londres.

—Más bien pienso que no —señaló Holmes.

—¡Mire bien esto, Mr. Holmes! —exclamó el inspector—. Los periódicos, estarán llenos del misterio de Birlstone, en un día o dos; ¿pero, dónde está el misterio, si hay un hombre en Londres, que profetizó el crimen, antes de que ocurriera? Solamente, debemos atrapar al hombre y el resto vendrá por sí solo.

—Sin duda, Mr. Mac. ¿Pero, cómo se propone atrapar al tal Porlock?

MacDonald dio la vuelta a la carta que Holmes le había alcanzado.

—Enviada desde Camberwell... eso no nos ayuda mucho. El nombre, usted dice, es falso. No hay mucho para avanzar, en verdad. ¿No dijo que le había enviado dinero?

—Dos veces.

—¿Y cómo?

—En cheques, a la oficina de correos de Camberwell.

—¿Alguna vez se molestó en ir a ver quién los cobraba?

—No.

El inspector, se mostró estupefacto y un poco sacudido.

—¿Por qué no?

—Porque siempre mantengo la fe. Le prometí, cuando escribió por primera vez, que no intentaría rastrearlo.

—¿Piensa que hay alguien detrás de él?

—Sé que lo hay.

—¿El profesor que le oí mencionar?

—¡Exactamente!

El inspector MacDonald sonrió, y su párpado se estremeció, mientras me miraba.

—No se lo ocultaré, Holmes, pero, en la División de Investigaciones Criminales, creemos, que está obsesionado con este profesor. He hecho averiguaciones al respecto. Parece ser un hombre muy respetable, ilustrado y talentoso.

—Me alegro que haya ido tan lejos, como para reconocer su talento.

—¡No se puede sino reconocerlo! Después de mis averiguaciones, me propuse ir a verlo. Tuvimos una conversación sobre los eclipses. Cómo llegamos a ese tema de conversación, no lo recuerdo, pero, con un reflector y un globo terráqueo, lo aclaró todo en un minuto. Me prestó un libro; no me molesta decir que, un tanto avanzado para mí, a pesar de que tuve una buena educación escocesa, en Aberdeen. Hubiera sido un gran ministro con su delgada cabeza, su pelo gris y esa manera, tan solemne, de hablar. Cuando puso su mano en mi hombro, al despedirnos, sentí que se trataba de la bendición que da un padre, antes de salir al mundo frío y cruel.

Holmes dejó ver una risita y frotó sus manos.

—¡Estupendo! —dijo— ¡Estupendo! ¿Dígame, amigo MacDonal, esta agradable y conmovedora entrevista fue, me imagino, en el estudio del profesor?

—Así es.

—Una linda habitación, ¿no es cierto?

—Muy linda... muy elegante mejor dicho, Holmes.

—¿Se sentó frente a su escritorio?

—Así es.

—¿El sol caía, entonces, sobre sus ojos y la cara de él, estaba en sombras?

—Bueno, ya era por la tarde; pero recuerdo que la lámpara, daba sobre mi rostro.

—Así debe haber sido. ¿Pudo ver una pintura, encima de la cabeza del profesor?

—No me pierdo de mucho, Holmes. Quizás lo aprendí de usted. Sí, vi la pintura... una mujer joven, con la cabeza en sus manos, asomándose de lado a lado.

—Ese cuadro es de Jean Baptiste Greuze.

El inspector se esforzó en verse intrigado.

—Jean Baptiste Greuze —Holmes continuó, juntando la punta de sus dedos y recostándose en su silla— fue un artista francés, que actuó entre los años 1750 y 1800. Aludo, verdaderamente, a su carrera artística. La crítica moderna, no ha hecho más que respaldar la alta opinión, que tenían de él sus contemporáneos.

Los ojos del inspector se agrandaron.

—No sería mejor... —manifestó.

—Lo estamos haciendo —interrumpió Holmes—. Todo lo que estoy diciendo, está íntimamente conectado con, lo que usted ha llamado, el Misterio de Birlstone. De hecho, puede ser considerado, en algún sentido, como su mismo centro.

MacDonal sonrió débilmente, y me miró como buscando apoyo.

—Sus pensamientos, se mueven demasiado rápido para mí, Holmes. Deja un eslabón o dos, y no puedo cruzar la brecha. ¿Cuál, en todo el grande y ancho mundo, puede ser la conexión, entre este fallecido pintor y lo que sucedió en Birlstone?

—Todo conocimiento es útil para el detective —remarcó Holmes—. Incluso, la certeza trivial que, en el año 1865, un cuadro de Greuze titulado *La jeune fille a l'agneau*, llegó a un millón doscientos mil francos, más de cuarenta mil libras, en la venta de Portalis, puede comenzar un tren de reflexiones en su mente.

Estaba claro que lo logró. El inspector, se sintió honestamente atraído.

—Puedo recordarle —continuó Holmes—, que el salario del profesor, puede ser averiguado en varios libros fiables de referencias. Es de setecientos al año.

—Entonces, cómo pudo comprar...

—¡Así es! ¿Cómo pudo?

—Eso es sorprendente —dijo el inspector, pensativo—. Diga más, Holmes. Lo estoy disfrutando. ¡Es grandioso!

Holmes, sonrió, la admiración genuina siempre lo complacía, como a todo verdadero artista.

—¿Qué hay, acerca de ir a Birlstone?

—Tenemos tiempo aún —contestó el inspector, mirando su reloj—. Tengo un taxi en la puerta, y no nos tomará ni veinte minutos, llegar a Victoria. Pero, sobre esta pintura: pensé que me había dicho una vez, Mr. Holmes, que nunca se había encontrado con el profesor Moriarty.

—No, nunca lo he hecho.

—¿Entonces, cómo conoce sus habitaciones?

—Ah, ese es otro punto. He estado tres veces allí, dos de ellas, esperándolo bajo diferentes pretextos y retirándome, antes de que regresara. Una vez... bueno, difícilmente pueda contarle, sobre esa vez, a un detective oficial. Fue, en la última ocasión, que me tomé la libertad de revisar sus papeles... con los más inesperados resultados.

—¿Halló algo comprometedor?

—Absolutamente nada. Eso fue lo que me impresionó. Sin embargo, ha visto ahora el sentido de hablar de la pintura. Demuestra que es un hombre muy pudiente. ¿Dónde adquiere sus riquezas? Es soltero. Su hermano menor, es jefe de estación en el oeste de Inglaterra. Su cátedra le reporta setecientas libras al año. Y tiene un Greuze.

—¿Entonces?

—Seguramente, la deducción es sencilla.

—¿Quiere decir que, posee un gran ingreso y que debe obtenerlo de manera ilegal?

—Exacto. Obviamente, tengo otras razones para pensarlo... docenas de pequeños hilos que, nos llevan, vagamente, hacia el centro de la telaraña, donde la venenosa e inmóvil criatura, está al acecho. Solo mencioné el Greuze, porque lleva el asunto, al rango de su propia observación.

—Bueno, Holmes, admito que lo que dice es cautivante: es más que cautivante... es soberbio. Pero vamos a hacerlo un poco más claro. ¿Es falsificación, acuñación de monedas falsas, robos... de dónde proviene el dinero?

—¿Ha leído, alguna vez, sobre Jonathan Wild?

—Bueno, el nombre me suena familiar. Un personaje de novela, ¿no es así? Yo no sé mucho de detectives de novelas... sujetos que hacen las cosas y nunca dejan ver cómo las hicieron. Eso es solo inspiración: no es lo mío.

—Jonathan Wild no fue un detective, y no pertenece a una novela. Era un maestro criminal, y vivió en el siglo pasado... alrededor de 1750.

—Entonces, no tiene ningún sentido para mí. Soy un hombre práctico.

—Mac, la cosa más práctica que puede hacer en la vida, es encerrarse tres meses, y leer doce horas al día, los anales del crimen. Todo viene en círculo, incluso el profesor Moriarty. Jonathan Wild, era la fuerza oculta de los criminales de Londres, por lo que vendía su inteligencia y organización por una comisión del quince por ciento. La vieja rueda vuelve, y el mismo discurso, se repite. Todo, ya ha sido hecho antes, y lo será de nuevo. Le diré una o dos cosas acerca de Moriarty, que le podrían interesar.

—Desde luego que lo hará.

—Sé quién es el primer eslabón en su cadena... una cadena, con este Napoleón vil por un lado, y cientos de ladrones, chantajistas y estafadores, por otro, con todo tipo de crímenes en el medio. Su jefe de estado mayor, es el coronel Sebastián Moran, tan reservado e inaccesible a la ley, como él mismo. ¿Cuánto cree que le paga?

—Me gustaría escucharlo.

—Seis mil, al año. Eso, es pagar por cerebros, el principal negocio americano. Conseguí ese detalle, casi por

casualidad. Es más de lo que gana el Primer Ministro. Eso, le da una idea de las ganancias de Moriarty y la escala en la que trabaja. Otro punto: trabajé siguiendo algunos de los cheques de Moriarty últimamente... solo comunes e inocentes cheques, con los que paga los gastos de su casa. Estaban librados en seis bancos diferentes. ¿Eso, despierta alguna impresión en su mente?

—¡Singular, ciertamente! ¿Pero, qué obtiene de ello?

—Que no quiere suscitar comentarios sobre su riqueza. Ningún hombre, debe saber lo que tiene. No dudo de que tenga veinte cuentas bancarias; la mayor parte de su fortuna, la tiene en el exterior, probablemente en el Deutsche Bank o el Credit Lyonnais. Alguna vez, cuando disponga de un año o dos, le recomendaría el estudio del profesor Moriarty.

El inspector MacDonald, se mostraba cada vez más impresionado, a medida que la conversación avanzaba. Se había perdido en la fascinación que despertaba, en él, aquello que oía, pero, su práctica inteligencia escocesa, lo trajo de vuelta al asunto por el que había venido.

—Eso, en todo caso, puede esperar —prorrumpió—. Nos desvió del tema, con sus curiosas anécdotas, Holmes. Lo que realmente cuenta ahora, es su indicación de que hay una conexión entre este profesor y el crimen. Eso lo sabe, por la advertencia recibida a través del hombre Porlock. ¿Podríamos, entonces, en vista de nuestras necesidades prácticas presentes, sacar algo más de eso?

—Podemos intentar formar una idea sobre los motivos del crimen. Es, como lo percibo por sus primeros comentarios, un inexplicable, o por lo menos inexplicado, crimen. Ahora, asumiendo que el origen del crimen es quien sospechamos, puede haber dos motivos diferentes. En primer lugar, debo decir que Moriarty gobierna con una barra de hierro sobre su gente. Su disciplina es tremenda y solo hay un castigo en su código: la muerte. Entonces, podemos suponer que Douglas, (el hombre asesinado, cuyo destino fue conocido por uno de los subordinados del archicriminal) traicionó, de alguna manera, al jefe. A esta traición, sobrevino su castigo, que debió ser sabido por todos... tal vez, solamente, para diseminar el terror de la muerte, sobre todos ellos.

—Bueno, eso es una sugestión, Holmes.

—La otra, es que se tratara de un plan de Moriarty, en el curso normal de sus negocios. ¿Hubo algún robo?

—No que yo sepa.

—Si lo hay, estará, por supuesto, en contra de la primera hipótesis y a favor de la segunda. Moriarty, pudo ser contratado para dirigir, con la promesa de repartir el botín, o le pueden haber pagado lo suficiente, como para encargarse de ello y nada más. Cualquiera opción es posible. Pero, cualquiera que sea, o si es una tercera combinación, es en Birlstone, donde debemos hallar la solución. Conozco a nuestro hombre lo suficiente, para saber que ha dejado algo allí que nos llevará hacia él.

—¡Entonces, iremos a Birlstone! —gritó MacDonald, saltando de su silla—. ¡Dios mío! Es más tarde de lo que creía. Les puedo dar, caballeros, cinco minutos para que se preparen, y eso es todo.

—Y es bastante para ambos —respondió Holmes, mientras se incorporaba y se apuraba en cambiarse la bata por un abrigo—. Mientras estemos en la ruta, Mac, le pediré que sea bueno y nos cuente todo sobre este asunto.

«Todo sobre este asunto», resultó ser decepcionantemente poco, y sin embargo, lo suficiente, para asegurarnos que requería la máxima concentración de un experto. Holmes, se animó y se frotó las delgadas manos, mientras escuchaba, los escasos pero importantes, detalles. Una larga serie de semanas estériles, quedaba tras nosotros, y por fin, había un objetivo apropiado para esos increíbles poderes que, como todos los dones especiales, se volvían una molestia, para quien los poseía, cuando no eran utilizados. Aquella aguda inteligencia, se desafilaba y oxidaba con la inacción.

Los ojos de Sherlock Holmes relucían, sus pálidas mejillas tomaban un matiz más cálido, y su cara, brillaba con luz interior, cuando le llegaba la llamada del trabajo. Reclinándose hacia delante en el taxi, escuchó, atentamente, el breve esbozo de MacDonald, sobre el problema que nos esperaba en Sussex. El inspector, dependía, como nos explicó, de una nota escrita a mano, que le había sido enviada por el tren lechero, temprano por la mañana. White Mason, el oficial local, era su amigo, y por lo tanto, MacDonald, había sido notificado más rápido, de lo que

usualmente lo hace Scotland Yard, cuando es requerido por los provincianos. Generalmente, el metropolitano interviene sobre una pista que ya se ha enfriado.

Estimado inspector MacDonald —decía la carta que nos leyó—. La petición oficial de sus servicios, se encuentra en otro sobre, aparte. Esto, es privado. Telegrafieme sobre el tren que, por la mañana, lo llevará hacia Birlstone, y lo recibiré...o lo haré recibir, si estoy muy ocupado. Este caso es muy penoso. No desperdicie ni un momento en comenzar. Si puede traer al señor Holmes, por favor hágalo; porque él, seguramente, encontrará algo. Pensaríamos que todo ha sido arreglado para producir un efecto teatral, si no hubiera un hombre muerto en el medio. ¡Por Dios! Esto, es muy penoso.

—Su amigo no parece ningún tonto —remarcó Holmes.

—No, señor. White Mason, es un hombre muy perspicaz, si me permite juzgarlo.

—Bueno, ¿tiene algo más?

—Solo que nos dará todos los detalles cuando nos reunamos con él.

—¿Entonces, cómo sabe lo de Douglas y que ha sido horriblemente asesinado?

—Eso, estaba en el informe oficial. No decía «horrible»: no es un término oficial reconocido. Daba el nombre de John Douglas. Mencionaba que sus heridas, fueron en la cabeza y producidas por el disparo de una escopeta. También mencionaba, la hora en que se dio la alarma, cerca de la medianoche de anoche. Agregaba que, el caso era, indudablemente, un asesinato, pero que ningún arresto había sido realizado, así como que el caso, presentaba algunos detalles desorientadores y extraordinarios. Eso es todo lo que tenemos hasta el presente, Mr. Holmes.

—Ahora, con su permiso, lo dejaremos tal como está, Mac. La tentación de formular teorías prematuras, con datos insuficientes, es la ruina de nuestra profesión. Puedo ver solamente dos cosas certeras, por el momento... un gran cerebro en Londres, y un hombre muerto en Sussex. Es la cadena del medio la que vamos a rastrear.

La tragedia de Birlstone

Ahora, por un momento, voy dejar de lado mi propia personalidad insignificante, para describir lo que sucedió, antes de llegar a la escena, bajo la luz del conocimiento que nos llegó mucho después. Solo de esta manera, puedo lograr que el lector, sea capaz de apreciar la gente involucrada y el extraño escenario, del que formó parte su destino.

El pueblo de Birlstone, es un pequeño, y muy antiguo, grupo de casitas de campo de madera, en la frontera norte del condado de Sussex. Por siglos, ha permanecido sin cambios, pero en los últimos años, su pintoresca apariencia y ubicación, han atraído a un número de bienhechores residentes, cuyas casas de campo, se asoman, por entre los bosques de los alrededores. En la localidad se cree que, esos bosques, son la última franja del gran bosque de la campiña, que se estrecha hasta llegar a los yacimientos de yeso del norte. Un gran número de pequeños comercios, ha surgido para satisfacer las necesidades de la creciente población; pues, hay algunos prospectos que dicen que Birlstone, pronto pasará de ser, una villa anticuada a una ciudad moderna. Es el centro de un área campestre considerable, pues Tunbridge Wells, la ciudad importante más cercana, está a diez o doce millas al este, en el límite con Kent.

A media milla del pueblo, construido en un viejo parque, famoso por sus enormes hayas, está la antigua mansión de Birlstone. Una parte de este venerable edificio, data del tiempo de la Primera Cruzada, cuando Hugo de Capus, erigió una fortaleza en el centro de la hacienda, que le había sido otorgada por el Rey Rojo. La fortaleza, fue destruida por el fuego en 1543, y algunas de sus piedras, ennegrecidas por el humo, fueron usadas cuando, en tiempos jacobinos, una gran casa de campo emergió de las ruinas del castillo feudal.

La mansión, con sus múltiples aleros y sus pequeños cristales romboides en las ventanas, era casi la misma que el constructor dejó a comienzos del siglo XVII. De los dos fosos, que una vez guardaron a su predecesor bélico, el exterior se había dejado secar, y servía, en una humilde función, de una huerta. El interior, aún estaba allí y permanecía a cuarenta pies de anchura, rodeando toda la casa. Un arroyo pequeño lo alimentaba y continuaba su curso, por lo que la corriente de agua, aunque turbia, no parecía una cloaca ni era insalubre. Las ventanas de la planta baja, estaban a un pie de la superficie del agua. La única vía de acceso a la casa, era un puente levadizo, cuyas cadenas y poleas se habían oxidado y roto hacía ya mucho tiempo. Los últimos propietarios de la mansión, dando muestras de una gran energía, la habían arreglado y el puente levadizo no solo era capaz de elevarse, sino que se levantaba cada tarde, y se bajaba cada mañana. Por esta renovación de las costumbres de los viejos días feudales, la mansión, se convertía en una isla, durante la noche... un hecho, que tiene muy directa relación con el misterio que estaba próximo a capturar la atención de toda Inglaterra.

La casa, había estado deshabitada durante algunos años, y amenazaba con precipitarse en una pintoresca decadencia, cuando los Douglas tomaron posesión de ella. Esta familia consistía, únicamente, de dos individuos, John Douglas y su esposa. Douglas era un hombre sorprendente, tanto en carácter como en apariencia. Tenía alrededor de cincuenta años, fuertes mandíbulas y cara atractiva, bigote canoso, ojos grises, particularmente perspicaces, y figura delgada pero vigorosa, que no había perdido nada de la fuerza y actividad de la juventud. Era alegre y simpático con todos, pero algo descuidado en sus modales, que daba la impresión de que había visto la vida, desde algún estrato social inferior, al de la sociedad del condado de Sussex.

A pesar de que era visto con algo de curiosidad y reserva por sus más cultos vecinos, pronto adquirió una gran popularidad entre los pueblerinos, suscribiéndose a todos los eventos locales, y asistiendo a sus conciertos y otras funciones, donde, teniendo una destacable y rica voz de tenor, estaba siempre listo para complacer con una canción excelente. Parecía tener mucho dinero, que se decía, había ganado en las minas de

California, y estaba claro, por sus comentarios y los de su esposa, que había pasado parte de su vida en América.

La buena impresión, producida por su generosidad y sus costumbres democráticas, se incrementó por su completa indiferencia al peligro. Aunque era un malísimo jinete, acudía a todos los concursos, y soportaba las más impresionantes caídas, en su determinación de formar parte de los mejores. Cuando la vicaría se incendió, se distinguió por la temeridad con la que volvió a entrar a la construcción, para salvar pertenencias, después de que la brigada de bomberos local, había abandonado la actividad, por peligrosa. Así fue como John Douglas, de la mansión, se ganó, en cinco años, una gran reputación en Birlstone. Su esposa, también era popular, con todos los que entablaban alguna amistad con ella; aunque, debido a la conducta inglesa, las visitas a un extraño, que se ha instalado en el condado, sin presentaciones, eran pocas y distantes. A ella no le importaba demasiado, era solitaria por naturaleza y muy dedicada a su esposo y las labores domésticas. Se sabía que era una dama inglesa, y que había conocido a Douglas, cuando ya era viudo. Era una bella, alta, modesta y delgada mujer, unos veinte años más joven que su marido, diferencia que no parecía alterar la felicidad de su vida familiar.

Se comentaba, sin embargo, entre quienes más los conocían, que la confianza entre ellos no era total, debido a que ella, o bien, se cuidaba de hablar de la vida pasada de su marido, o, lo que era más probable, había sido imperfectamente informada acerca de la misma. También, algunos observadores, habían notado, y comentado, que, a veces, aparecían ciertos signos de nerviosismo en la señora Douglas, y que manifestaba agudos malestares, si su marido se retrasaba. En las tranquilas tierras campestres, donde todo chisme es bienvenido, esta debilidad de la señora no pasaba desapercibida y se hizo más significativa aún en la memoria de la gente, cuando sucedieron los hechos.

Había otro individuo, cuya residencia bajo ese techo era, en verdad, esporádica, pero su presencia, al igual que los extraños sucesos que ahora serán narrados, llevó su nombre ante el público. Era, Cecil James Barker, de Hales Lodge, Hampstead. La figura alta y desvencijada de Cecil Barker, resultaba familiar en la calle principal de Birlstone; era un visi-

tante frecuente de la mansión. Era el único amigo conocido de la vida pasada de Mr. Douglas, que lo visitaba en sus nuevos dominios ingleses. Barker era, indudablemente, un inglés; pero, por sus comentarios, estaba claro que había conocido a Douglas en América y que era allí, donde había establecido íntimas relaciones con él. Parecía ser un hombre de considerable fortuna, y se sabía que era soltero. Era un poco menor que Douglas, tenía cuarenta y cinco años como máximo; alto, derecho, de pecho ancho, cara afeitada, de boxeador, cejas espesas, fuertes y negras, y un par de ojos oscuros dominantes que podrían, incluso, sin la ayuda de sus manos, limpiarle el camino a través de una multitud hostil. No montaba ni era tirador, pero pasaba los días vagabundeando por la vieja aldea, con la pipa en la boca, o conduciendo carrozas con su anfitrión, o, en su ausencia, con su anfitriona, a través de los bellos campos. «Un caballero sereno y liberal» dijo Ames, el despen- sero. «¡Pero, por todos los cielos! ¡Yo no habría querido ser el hombre, que se cruce por su camino!» Era muy amigo de Douglas, y no menos amigo de su esposa, una amistad que, más de una vez, le causó irritación a su esposo, tanta, que incluso los sirvientes, podían percibir su enojo. Esa, era la tercera persona que ya era como de la familia, cuando la catástrofe ocurrió. En cuanto a los otros residentes de la vieja casa, basta con mencionar, de una larga lista de sirvientes, al respetable y capaz Ames, y a la señora Allen, una mujer alegre y corpulenta, que relevaba a la señora, en algunos de los quehaceres de la casa. Los otros seis empleados en la mansión, no se relacionan con los eventos de la noche del 6 de enero.

Eran las once y cuarenta y cinco, cuando la primera alarma llegó a la pequeña estación de policía local, a cargo del sargento Wilson, de la cuadrilla de alguaciles de Sussex. Cecil Barker, muy excitado, había corrido hasta la puerta y hecho sonar fuertemente la campana. Una terrible tragedia había ocurrido en la mansión, y John Douglas, había sido asesinado. Aquel, era el contenido de su mensaje. Se apuró en regresar a la casa, seguido en minutos por el sargento de policía, que llegó a la escena del crimen, un poco después de las doce en punto, después de avisar que algo grave, acababa de suceder en el condado.

Al llegar, el sargento, encontró el puente levadizo bajo, las luces encendidas en las ventanas, y toda la casa, en

estado de confusión salvaje y alarma. Los pálidos sirvientes, estaban amontonados todos en el vestíbulo, con el asustado mayordomo, retorciéndose las manos en la entrada. Solamente Cecil Barker, parecía ser dueño de sí mismo y sus emociones; abrió la puerta, que estaba más cercana a la entrada, y le hizo una señal al sargento para que lo siguiera. En ese momento, llegó el Dr. Wood, el fuerte y hábil médico del pueblo. Los tres hombres, entraron juntos a la habitación fatal, mientras el dispensero, horrorizado, seguía sus pasos, cerrando la puerta tras él, para ocultar a los sirvientes la terrible escena.

El difunto, yacía de espaldas, acostado, con las piernas abiertas en el centro del cuarto. Estaba vestido solo con una bata rosa, que le cubría el pijama. Tenía pantuflas en los pies. El doctor, se arrodilló a su lado y sostuvo la lámpara de mano, que permanecía en la mesa. Apenas una mirada al cuerpo, le permitió ver, que su presencia era absolutamente innecesaria. El hombre, había sido horriblemente herido. Sobre su pecho, había un arma extraña, una escopeta con el cañón recortado, a un pie de los gatillos. Era obvio, que le habían disparado de cerca y que había recibido toda la descarga en la cara, volando su cabeza en pedazos. Los gatillos habían sido accionados, a la vez, para hacer la descarga más destructiva.

El policía local, estaba nervioso y preocupado por la tremenda responsabilidad que, sorpresivamente, caía sobre él.

—No tocaremos nada, hasta que lleguen mis superiores —dijo, en un murmullo, mirando fijamente, y con horror, aquella cabeza espantosa.

—Nada ha sido tocado hasta ahora —respondió Cecil Barker—. Puedo asegurarlo, todo está exactamente como lo encontré.

—¿A qué hora fue eso? —el sargento, había sacado su libreta de apuntes.

—Eran justo las once y media. No me había comenzado a desvestir, y estaba sentado junto al fuego, en mi habitación, cuando oí el escopetazo. No fue muy fuerte, pareció ser amortiguado. Corrí rápidamente, no creo que pasaran ni treinta segundos, antes de que estuviera en el cuarto.

—¿La puerta estaba abierta?

—Sí, estaba abierta. El pobre Douglas, yacía como lo encuentra ahora. La vela de su dormitorio, ardía sobre la mesa. Fui yo quien encendió la lámpara, minutos después.

—¿No vio a nadie?

—No. Oí a la señora Douglas, bajando las escaleras, detrás mío, y me apresuré, para prevenir que presenciara esta vista horrorosa. La señora Allen, el ama de llaves, vino y se la llevó. Cuando Ames llegó, entramos a la habitación nuevamente.

—Pero... he escuchado que el puente levadizo está levantado toda la noche.

—Sí, estaba levantado hasta que lo bajé.

—¿Entonces, cómo pudo el asesino escapar? ¿Está fuera de toda lógica! El señor Douglas, debió dispararse a sí mismo.

—Esa fue nuestra primera idea. ¡Pero vea! —Barker arrimó la cortina y mostró que la larga ventana de cristal, en forma de rombo, estaba abierta en toda su extensión—. ¡Y mire esto! —llevó la lámpara para iluminar una mancha de sangre, como la marca de una suela de bota, en el umbral de madera.

—Alguien pisó aquí al salir.

—¿Quiere decir que, alguien atravesó el foso?

—¡Exacto!

—Entonces, si usted estaba en la habitación, medio minuto después de suceder el crimen, quien lo cometió, debe haber estado en el agua en ese mismo momento.

—No tengo duda de ello. ¡Quisiera haber corrido, entonces, hasta la ventana! Pero, la cortina la ocultaba, como podrá ver, y no se me ocurrió. En aquel momento, oí los pasos de la señora Douglas, y no le permití entrar. Hubiera sido demasiado terrible.

—¡Espantoso! —dijo el doctor, mirando la cabeza hecha pedazos y las manchas horribles que la rodeaban—. Nunca había visto heridas así, desde el choque ferroviario de Birlstone.

—Pero, digo yo —remarcó el sargento de policía, cuyo lento y bucólico sentido común, todavía meditaba sobre la ventana abierta—, está muy bien que un hombre escapó vadeando el foso, pero lo que le pregunto es, ¿cómo llegó a la casa si el puente estaba elevado?

—Ah, esa es la pregunta —replicó Barker.

—¿A qué hora habían levantado el puente?

—Fue cerca de las seis —manifestó Ames, el mayordomo.

—Escuché —opinó el sargento— que, usualmente, era elevado al ocaso. Eso sería más cerca de las cuatro y media, que de las seis, en esta época del año.

—La señora Douglas, tuvo visitantes para tomar el té —expresó Ames—. No lo pude levantar hasta que se fueron. Luego, lo alcé yo mismo.

—Entonces, todo viene a esto —alegó el sargento— Si alguien vino de fuera, si lo hizo, debió hacerlo a través del puente, antes de las seis, y estar escondido desde entonces, hasta que el señor Douglas, se fue al cuarto, después de las once.

—¡Eso es! El señor Douglas, recorría la casa todas las noches, era lo último que hacía antes de acostarse, para revisar las luces. Eso fue lo que lo trajo hasta aquí. El hombre, estaba esperando y le disparó. Después, escapó por la ventana y dejó su arma tras él. Así es como lo leo, porque, nada más encajaría en los hechos.

El sargento, recogió una tarjeta que estaba junto al cadáver, en el piso. Las iniciales V. V. y el número 341 estaban garabateados en tinta.

—¿Qué es esto? —preguntó, sosteniéndola.

Barker la miró con curiosidad.

—No la había notado. El asesino debió haberla dejado.

—V. V. 341. No puedo sacar nada concreto de ello.

El sargento continuó agitándola entre sus grandes dedos.

—¿Qué es V. V.? Las iniciales de alguien, probablemente. ¿Qué es lo que tiene allí, Dr. Wood?

Era un martillo de un gran tamaño, el que yacía en la alfombra, frente a la chimenea... un sólido y bien acabado martillo. Cecil Barker, apuntó a una caja de clavos con cabeza de latón, sobre la repisa.

—Mr. Douglas, estuvo cambiando las pinturas ayer —declaró—. Lo vi, parándose encima de la silla y fijando el gran cuadro ahí arriba. Eso explica el martillo.

—Haríamos bien en volverlo a poner en la alfombra, donde lo hallamos —comentó el sargento, rascándose la

cabeza confundido—. Necesitaré de los mejores cerebros de la fuerza, para llegar al fondo de todo esto. Seguramente, pasará a manos de Londres, antes de haber sido resuelto —alzó la lámpara de mano y avanzó lentamente por la habitación—. ¡Hola! —gritó, excitado, descubriendo la cortina de la ventana a un lado—. ¿A qué hora fueron cerradas estas cortinas?

—Cuando se encendieron las lámparas —dijo el dispensero—. Alrededor de las cuatro.

—Seguramente, alguien se estuvo escondiendo aquí —bajó la luz, y las marcas de botas embarradas, fueron visibles en la esquina—. Esto confirma su teoría, Mr. Barker. Parece que el hombre, se metió en la casa después de las cuatro, cuando las cortinas se cerraron, y antes de las seis, cuando el puente se levantó. Se deslizó dentro del cuarto, porque fue el primero que vio. No había otro lugar en el que se pudiera esconder, por lo que se ocultó detrás de esta cortina. Eso se ve muy claramente. Es probable, que su idea original fuera la de desvalijar la casa; pero Douglas, apareció inoportunamente, por lo que lo mató y escapó.

—Así es como parece —respondió Barker—. Pero digo, ¿no estamos perdiendo un tiempo precioso? ¿No podemos salir y recorrer el campo, antes de que el tipo se aleje más aún?

El sargento, lo consideró, por un momento.

—No hay trenes hasta antes de las seis de la mañana; así que no puede irse en tren. Si se va por la ruta, todo mojado, es muy probable que alguien lo vea. De cualquier forma, no puedo irme de aquí hasta ser relevado. Pero creo que ninguno de ustedes debe irse, hasta que veamos mejor, cuál es nuestra situación.

El doctor, tomó la lámpara y revisó de cerca el cuerpo.

—¿Qué es esta marca? —preguntó— ¿Podría esto tener alguna relación con el crimen?

El brazo derecho del muerto, estaba visible hasta el codo. A mitad del antebrazo, había un curioso diseño marrón, un triángulo dentro de un círculo, resaltando en un vívido bajorrelieve, sobre la piel pálida.

—No está tatuado —informó el doctor, observando a través de sus anteojos—. Nunca vi algo así. Este hombre, ha sido marcado, hace algún tiempo, de la misma manera que marcan el ganado. ¿Cuál es el significado de esto?

—Confieso, que desconozco su significado —refirió Cecil Barker— pero he visto esa señal en Douglas, muchas veces, en los últimos diez años.

—También yo —dijo el mayordomo—. Muchas veces, cuando el amo arremangaba sus puños, he notado esa marca. Continuamente, me preguntaba qué sería.

—Entonces, no tiene nada que ver con el crimen, de todas formas —dijo el sargento—. Sin embargo, se trata de algo muy singular. Todo, en este caso, es singular. Bueno, ¿qué hay ahora?

El despensero, había hecho una exclamación de asombro, y señalaba la mano distendida del cadáver.

—Se han llevado su alianza —gritó.

—¡Qué!

—Sí, en efecto. El amo, siempre usaba su sencillo anillo de oro, en el dedo meñique, de su mano izquierda. Ese anillo, con la pepita de oro sin tallar, estaba sobre él, y el aro de la retorcida serpiente, en el dedo medio. Ahí, está la pepita y ahí, la serpiente, pero la alianza, no está.

—Tiene razón —agregó Barker.

—Está diciendo —comentó el sargento— que, el anillo de matrimonio, estaba debajo del otro.

—¡Siempre!

—Por lo tanto, el asesino, o quien quiera que sea, primero, tomó el anillo, que usted llama, el de la pepita, luego, el de compromiso, y, por último, regresó el de la pepita, a su lugar.

—¡Así es!

El digno policía de campo, movió la cabeza.

—Me parece que, cuanto más pronto llegue este caso a Londres, mejor —alegó— White Mason, es un hombre inteligente. Nunca, un trabajo local, ha sido demasiado para White Mason. No pasará mucho tiempo antes de que él llegue. Pero, creo que necesitaremos la intervención de Londres, para solucionarlo. No me avergüenzo de decir que es un asunto muy denso para una persona como yo.

Oscuridad

A las tres de la mañana, el gran detective de Sussex, obediendo la urgente llamada del sargento Wilson, de Birstone, llegó, en un coche liviano, tirado por un caballo sin aliento. Por el tren de las cinco y cuarenta de la madrugada, envió su mensaje a Scotland Yard, y estuvo en la estación de Birstone, a las doce del mediodía, para recibirnos. White Mason, era una persona tranquila, comfortable, usaba un traje de tweed suelto y era dueño de una cara bien afeitada y rubicunda, un cuerpo fuerte, y unas piernas chuecas, adornadas con polainas. Tenía el aspecto de un pequeño granjero, un guardabosques retirado, o cualquier otra actividad con la tierra, excepto, el de un muy favorable espécimen de oficial de criminalística provinciano.

—Un problema absolutamente incompresible, señor MacDonald —no se cansaba de repetir—. Tendremos a los periodistas viniendo como moscas, hasta que se haya esclarecido el asunto. Espero que terminemos nuestro trabajo, antes de que metan sus narices y desordenen todas las pistas. No ha habido nada igual, hasta donde yo recuerdo. Hay algunos detalles, que le serán muy atractivos, señor Holmes, si no me equivoco. Y, para usted también, Dr. Watson; porque los médicos deberán dar un veredicto, antes de terminar esto. Su habitación, está en Westville Arms. No hay otro sitio; pero he oído que es limpio y bueno. Este hombre, llevará sus equipajes. Por este camino, caballeros, si no es molestia.

Era un hombre muy conversador y simpático, este detective de Sussex. En diez minutos, habíamos encontrado nuestros cuartos. En diez más, estábamos sentados en el salón de la posada, siendo informados de un bosquejo de los eventos, que fueron relatados en el capítulo anterior. MacDonald, hizo una observación ocasional; mientras Holmes, permanecía sentado, con la expresión de reveren-

cia y admiración con la que un botánico examina el raro y precioso florecimiento.

—¡Impresionante! —pronunció, cuando la historia terminó—. ¡Muy impresionante! Difícilmente, puedo recordar un caso, cuyos detalles fueran tan peculiares.

—Pensé que diría eso, Holmes —contestó White Mason, con gran satisfacción—. Estamos muy al día aquí, en Sussex. Le he contado cuál era la situación aquí cuando relevé al sargento Wilson, entre las tres y cuatro de la madrugada. ¡No saben cuánto hice correr a esta vieja yegua! Pero, no estaba en grandes apuros, como al final resultó ser; aunque, no había nada inmediato, que pudiese hacer. El sargento Wilson, tenía todos los pormenores. Los revisé y consideré, y tal vez, añadí algunos, por mí mismo.

—¿Cuáles eran? —preguntó Holmes, ansiosamente.

—Bueno, primero, hice examinar el martillo. El Dr. Wood, estaba ahí, para ayudarme. No encontramos signos de violencia en él. Esperaba que, si Douglas se defendió con el martillo, quizás, le habría causado alguna herida al asesino, antes de caer al felpudo. Pero, no había ninguna mancha.

—Eso, verdaderamente, no prueba nada —remarcó el inspector MacDonald—. Han habido muchos asesinatos con martillo, sin rastros en el martillo.

—En efecto. No prueba que no fue usado. Pero, podrían haber habido manchas, y eso nos hubiera ayudado. Pero, no es un problema en el asunto. Tras ello, examiné el arma. Eran cartuchos de perdigones, y, como el sargento Wilson apuntó, los gatillos estaban conectados, para que, en el caso de que apretara uno, ambos cañones fueran disparados. Quienquiera que fuera, tenía toda la intención de no fallar en su tiro. El arma aserrada no tenía más de dos pies de largo... uno podría, fácilmente, llevarla bajo el sobretodo. No había un nombre completo del fabricante, pero las letras impresas P-E-N, en el ala entre los cañones, y el resto del nombre, habían sido cortadas por la sierra.

—¿Una gran P, con un adorno encima, con la E y la N más pequeñas?

—Exacto.

—Pennsylvania Small Arms Company... una firma americana muy conocida —dijo Holmes.

White Mason miró asombrado a mi amigo, como el pequeño profesional de campo, mira al especialista de Harley Street, quien con una palabra, puede resolver las dificultades que lo dejan perplejo.

—Esto es muy útil, Holmes. Sin duda, que está en lo correcto. ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Tiene los nombres de todos los fabricantes de armas en su memoria?

Holmes se desentendió de la pregunta con un gesto de su mano.

—Sin duda, es una escopeta americana —White Mason continuó—. Me parece haber leído que, una escopeta aserrada, es un arma usada en algunas partes de América. Sin tener en cuenta el nombre encima del cañón, la idea ya me había venido a la cabeza. Hay alguna evidencia, entonces, que este hombre que entró, en este caso, y mató a su dueño, era un americano.

MacDonald, sacudió su cabeza.

—De verdad que está avanzando demasiado rápido —pronunció—. No he escuchado evidencias que demuestren, que algún extraño haya estado en la casa.

—¡La ventana abierta, la sangre en el umbral, la rara tarjeta, las marcas de botas en la esquina, la escopeta!

—Nada que no pudo haber sido arreglado. Douglas mismo era americano, o, había vivido mucho tiempo en América. También, Barker. No necesita emplear a un americano, para deshacerse de hombres americanos.

—Ames, el mayordomo...

—¿Qué hay sobre él? ¿Es fiable?

—Diez años con *sir* Charles Chandos... tan sólido como una roca. Ha estado con Douglas desde que compró la mansión, hace cinco años. Nunca ha visto un arma de esta clase, en la vivienda.

—Es el sentido de los cañones recortados, el poder permanecer ocultos, en cualquier caja. ¿Cómo puede jurar que no hay un arma así en la casa?

—Bueno, de todas maneras, él no ha visto una así.

MacDonald movió su obstinada cabeza escocesa.

—No estoy convencido todavía de que haya habido alguien en la mansión —opinó—. Les estoy pidiendo que consideren... (su acento, se convertía, cada vez más, en uno de Aberdeen, a la par que se perdía en su argumento). Les

estoy pidiendo que consideren, qué involucra suponer, que el arma fue traída desde fuera de la casa, y que todos estos insólitos hechos, fueron realizados por un hombre de afuera. ¡Es inconcebible! Va contra el sentido común. Se lo digo a usted, Holmes, juzgando por lo que hemos oído.

—Bueno, exponga cual es su punto, Mac —expresó Holmes, en su estilo más judicial.

—El hombre, no fue un ladrón, suponiendo que haya existido. El asunto del anillo y la carta, apuntan a un asesinato premeditado, por alguna razón privada. Muy bien. Aquí, hay un hombre que se desliza hasta dentro de la mansión, con la deliberada intención de matar. Sabe, si sabe algo, que tendrá dificultades en ponerse a salvo, pues está rodeado por agua. ¿Qué arma escogería? Uno diría, la más silenciosa del mundo. Entonces, supondría que, cuando el acto hubiese sido cometido, saldría rápidamente por la ventana, vadearía el foso, y escaparía ileso. Eso es comprensible. ¿Pero, es comprensible que fuera, con el arma más ruidosa que podría seleccionar, sabiendo que despertaría a todos los habitantes de la casa y los llevaría al lugar, tan rápido como se puede correr, y que existen muchas probabilidades de ser descubierto, antes de cruzar el agua? ¿Es, eso verosímil, Holmes?

—Bueno, pone el caso difícil —manifestó mi amigo, pensativamente—. Ciertamente, necesita una buena justificación. ¿Puedo preguntar, señor White Mason, si examinó el lado más alejado del foso, para ver si hay signos de que un hombre haya salido del agua?

—No había rastros, Holmes. Pero, es un borde de piedra, y a duras penas, los encontraría.

—¿Ninguna huella ni señal?

—Ninguna.

—¡Ha! ¿Habría alguna objeción, White Mason, en que vayamos a la casa, de inmediato? Probablemente haya pequeños puntos, que sean sugestivos.

—Se lo iba a proponer, Holmes; pero, pensé que sería mejor ponerlo en contacto con todos los acontecimientos, antes de irnos. Me pregunto si habrá algo que lo pueda sorprender... —White Mason miró, dudosamente, al amateur.

—He trabajado con Holmes antes —explicó el inspector MacDonald—. Él está dentro del juego.

—Mi propia idea del juego, de cualquier manera —afirmó Holmes, con una sonrisa—. Yo entro en un caso, para ayudar a los fines de la justicia y el trabajo de la policía. Si me he separado de la fuerza oficial, es porque, ellos primero, se separaron de mí. No deseo ganar a sus expensas. Al mismo tiempo, White Mason, reclamo el derecho a trabajar con mi propio estilo y dar mis resultados a su debido tiempo... completos, mejor que por partes.

—Estoy seguro que nos hace un honor con su presencia y al permitirnos mostrarle todo lo que sabemos —replicó White Mason, cordialmente—. Venga por aquí, Dr. Watson, y cuando llegue el momento, todos esperamos tener un lugar en su libro.

Anduvimos por la pintoresca calle de la villa, con una fila de olmos podados a cada lado. Más allá, había dos antiguos pilares de piedra, erosionados por el tiempo y cubiertos con líquenes, que sostenían, en la punta, una masa informe que, alguna vez, había sido el extravagante león de Capus, de Birlstone. Una caminata corta, a través de un camino bordeado por robles, como solo se ven en la campiña inglesa, un súbito giro, y la gran casa, de principios de los tiempos jacobinos de ladrillos oscuros, apareció ante nosotros, con un jardín antiguo de tejos podados. Cuando nos aproximábamos, vimos el puente levadizo de madera y el foso, quieto y luminoso como mercurio, entre los rayos fríos de invierno.

Tres siglos habían transcurrido delante de la antigua mansión, centurias de nacimientos y visitas, de bailes campestres y de reuniones de cazadores de zorros. ¡Qué extraño resultaba que ahora, en su vejez, tan oscuro crimen se cerniera entre sus venerables paredes! Y aun así, esos tejados encumbrados y aquellos decorosos aleros, se convertían en una cubierta adecuada, para una horrenda y terrible intriga. Mientras observaba las ventanas hundidas y la larga extensión de la opaca fachada, lamida por el agua, sentí que ninguna escena sería más accesible a una tragedia.

—Esa es la ventana —indicó White Mason— la que está justo a la derecha del puente levadizo. Está abierta tal y como se encontró anoche.

—Parece un poco estrecha para que un hombre pueda pasar.

—Bueno, no era un hombre gordo, entonces. No necesitamos sus deducciones, Holmes, para darnos cuenta de eso. Pero, usted o yo, podríamos pasar por ahí sin problemas.

Holmes avanzó hacia el filo del foso, y miró a través. Luego, examinó la orilla de piedra y la sección de césped más allá de la pedrosa.

—Le he dado una buena inspección, Mr. Holmes —alegó White Mason—. No hay nada allí, ningún signo de que alguien haya puesto los pies... ¿pero, por qué debería dejar señales?

—Exacto. ¿Por qué debería? ¿Está el agua siempre turbia?

—Generalmente tiene ese color. La corriente trae consigo arcilla.

—¿Cuán profundo es?

—Como de dos pies, a los lados, y tres, en el centro.

—Por lo que podemos dejar de lado la idea, de que el hombre se haya ahogado al cruzar.

—No, ni un niño se podría ahogar allí.

Transitamos a través del puente levadizo y fuimos recibidos por una persona amable, encorvada y enjuta por la vejez, que era Ames, el mayordomo. El pobre, estaba pálido por el trastorno. El sargento del pueblo, un hombre alto, formal y melancólico, todavía montaba guardia en la habitación de los hechos. El doctor, se había ido.

—¿Algo nuevo, sargento Wilson? —preguntó White Mason.

—No, señor.

—Ya se puede ir a su casa. Ha tenido suficiente. Lo mandaremos llamar si lo necesitamos. Será mejor que el mayordomo espere fuera. Dígale que avise a Cecil Barker, a la señora Douglas y al ama de llaves, que, probablemente, necesitemos hablar con ellos un momento. Ahora, caballeros, quizás me permitirán comunicarles mi punto de vista, después, opinarán por ustedes mismos.

El especialista de campo, me impresionó. Tenía el puño sólido y un cerebro sereno, claro y con sentido

común, que lo llevarían lejos en su profesión. Holmes, lo escuchó con atención, sin ningún signo de impaciencia.

—¿Es suicidio, o es asesinato... esa es nuestra primera pregunta, caballeros, no es así? Si fuera suicidio, entonces, debemos pensar que este hombre comenzó quitándose su anillo de bodas y escondiéndolo, descendió con su batín, puso barro en una esquina, detrás de la cortina, para dar la idea de que alguien lo había esperado, abrió la ventana, puso sangre en la...

—Podemos, con toda seguridad, descartar eso —habló MacDonald.

—Eso, es lo que pienso. El suicidio, está fuera de toda cuestión. Entonces, un asesinato ha sido cometido. Lo que tenemos que determinar es, si fue hecho por alguien de fuera o de dentro de la casa.

—Bueno, oigamos el argumento.

—Hay considerables dificultades en ambos caminos, y sin embargo uno u otro debe ser tomado. Supongamos que una persona, o personas, dentro de la casa, realizaron el crimen. Trajeron a este hombre aquí, cuando todo, aún, estaba tranquilo y nadie dormía. Luego, cometieron el crimen, con el arma más extraña y ruidosa del mundo, como para advertir a todos lo que estaba pasando... un arma, que nunca fue vista en la casa, antes. Eso no se ve como un comienzo prometedor, ¿no es así?

—No, tiene razón.

—Bueno, todos están de acuerdo en que después de que la alarma fuese dada, solo pasó un minuto, para que toda la gente de la mansión, no solamente Cecil Barker, aunque él afirma haber sido el primero, sino también, Ames y el resto, estuvieran en el sitio. ¿Me dice que, en ese tiempo, el culpable, hizo las pisadas en la esquina, abrió la ventana, marcó el umbral, sacó el anillo de bodas de su dedo, y todo lo demás? ¿Es imposible!

—Lo pone usted todo claramente —afirmó Holmes—. Me inclino a favor suyo.

—Bien, entonces, vamos a la teoría de que fue hecho por alguien de afuera. Aún, nos enfrentamos a grandes dificultades; pero, por ahora, cesaron las imposibilidades. El hombre, se metió a la casa entre las cuatro y media y las seis, esto es, entre el crepúsculo y el tiempo en que el

puente, fue elevado. Habían entrado algunas visitas, y la puerta estaba abierta; por lo que no había nada que se lo impidiera. Pudo haber sido un ladrón común, o pudo haber sido alguien, con un resentimiento privado, hacia Douglas. Puesto que Douglas había pasado gran parte de su vida en América, y esta escopeta parece ser un instrumento americano, parecería que, la del resentimiento privado, es la teoría más probable. Se deslizó dentro del cuarto, porque fue el primero que vio, y se escondió tras las cortinas. Ahí, permaneció hasta un poco después de las once de la noche. En ese momento, Douglas entró en la habitación. La conversación fue breve, si es que la hubo, dado que su esposa declara que, su marido no se había alejado de ella más que unos cuantos minutos, cuando oyó el disparo.

—La vela demuestra eso —declaró Holmes.

—Exacto. La vela, que era nueva, no se había consumido más de media pulgada. La debió poner en la mesa antes de ser atacado; de otra manera, por supuesto, se hubiera caído cuando él se derrumbó. Esto revela, que no fue atacado en el instante mismo que entró al cuarto. Cuando Barker llegó al aposento, la vela estaba encendida y la lámpara apagada.

—Eso es suficientemente comprensible.

—Bien, ahora, podemos reconstruir las cosas en esas líneas. Douglas entra al cuarto, coloca la vela en la mesa. Un hombre, aparece de detrás de esa cortina. Está armado con una escopeta. Exige su anillo de compromiso... solo el Cielo sabe por qué, pero así debió haber sido. Douglas, se lo da. Luego, a sangre fría o en un forcejeo, Douglas pudo haber tomado el martillo, que fue encontrado en la alfombra, le disparó a Douglas, de esta manera espantosa. Dejó su escopeta y también parecería que esta rara tarjeta: V. V.-341, lo que sea que signifique, y escapó por la ventana y a través del foso, en el momento en que Cecil Barker, descubría el crimen. ¿Qué le parece esto, Holmes?

—Muy interesante, pero, poco convincente.

—¡Sería algo, absolutamente, sin sentido si no fuera porque, todo lo demás está peor! —se lamentó MacDonald—. Alguien mató al hombre, y quienquiera que sea, fácilmente, podría probar que lo hizo de otra forma. ¿Qué pretendía, haciendo que su retirada, fuera interrumpida de

esa manera? ¿Qué pretendía, al usar una escopeta, cuando su única oportunidad de escapar, era el silencio? Vamos Holmes, le toca a usted darnos una guía, dado que la teoría de White Mason, le resulta poco convincente.

Holmes, había permanecido sentado durante toda la discusión, observando todo, atentamente. Su mirada inteligente, se movía de derecha a izquierda, y, su frente, se arrugaba en la especulación.

—Me gustaría tener algunos datos más, antes de ir tan lejos, como para formular una teoría, Mac —declaró, arrodillándose junto al cadáver—. ¡Oh Dios! Estas heridas son realmente aterradoras. ¿Podemos hacer venir al mayor-domo, por un momento?... Ames, entiendo que, comúnmente, había visto esta marca, muy inusual, un triángulo saliente dentro de un círculo, sobre el antebrazo del señor Douglas.

—Frecuentemente, señor.

—¿Nunca oyó alguna explicación sobre su significado?

—No, señor.

—Debió haber causado un gran dolor al ser colocada. Es sin duda, una quemadura. Ahora, presumo, Ames, que hay un pequeño parche en la mandíbula del señor Douglas. ¿Lo había visto antes?

—Sí, señor, se cortó ayer por la mañana, al afeitarse.

—¿Recuerda que se haya cortado al afeitarse antes?

—No por un largo tiempo, señor.

—¡Sugestivo! —exclamó Holmes—. Puede, por cierto, ser una simple coincidencia, o puede apuntar a un nerviosismo, que indicaría que tenía razones para temer un peligro. ¿Notó algo inusual en su conducta, ayer, Ames?

—Me sorprendió verlo como si no hubiese descansado y además excitado, señor.

—¡Ah! Puede ser que el ataque, no fuera completamente inesperado. Parece que hacemos un pequeño progreso, ¿no es así? ¿Tal vez se quiera unir al interrogatorio, Mac?

—No, Holmes, está en mejores manos que las mías.

—Bueno, pasaremos a esta tarjeta, V. V.-341. Es cartón duro. ¿Tiene algunas parecidas en la casa?

—No lo creo.

Holmes, avanzó hasta el escritorio y derramó un poco de tinta de cada tintero, en un papel secante.

—No fue escrita en esta habitación —declaró—. Esta es tinta negra y la otra es púrpura. Fue hecha con un lapicero grueso, y estos son finos. No, fue hecha en otro lugar, debo decirlo. ¿Puede sacar algo de esta inscripción, Ames?

—No, señor, nada.

—¿Qué es lo que piensa, Mac?

—Da la impresión de una sociedad secreta, de alguna clase; lo mismo que la marca del antebrazo.

—Esa es mi idea, también —señaló White Mason.

—Bueno, podemos adoptarla como una hipótesis en funcionamiento y luego comprobar hasta dónde desaparecen nuestras dificultades. Un agente de dicha sociedad, hace su camino a la casa, espera a Douglas, le vuela la cabeza con una escopeta, y escapa vadeando el foso, después de dejar su tarjeta junto al muerto, que, al ser mencionada en los periódicos, le dirá a otros miembros de la sociedad, que la venganza ha sido realizada. Todo encaja. ¿Pero, por qué esa y no otra arma?

—Exactamente.

—¿Y, por qué se llevó el anillo?

—Así es.

—¿Y por qué no se produce ningún arresto? Ya son más de las dos. Doy por hecho que, desde el amanecer, todos los alguaciles, en cuarenta millas, han estado buscando a un extraño mojado.

—Así es, Holmes.

—Bien, a menos que tenga un escondite cerca o que se haya cambiado de ropa, difícilmente, se escapará. ¡Y, sin embargo, no lo han hallado hasta ahora! —Holmes, se había acercado a la ventana y examinaba, con sus lentes, la marca de sangre en el umbral—. Es, claramente, la huella de un zapato. Es, increíblemente ancha; un pie achatado, uno diría. Es curioso, porque hasta donde pueden verse las huellas de barro, en el rincón, detrás de la cortina, uno diría que, la suela tenía relieve. No obstante, son huellas muy débiles. ¿Qué hay bajo este aparador?

—Las pesas de gimnasia del señor Douglas —contestó Ames.

—Pesa, solamente hay una. ¿Dónde está la otra?

—No sé, señor Holmes. Probablemente solo había una. No me he dado cuenta en meses.

—Una pesa... —Holmes señaló seriamente; pero sus pensamientos fueron interrumpidos por un agudo golpeteo en la puerta.

Un hombre alto, quemado por el sol, y bien afeitado nos miró. No tuve dificultad en adivinar que era el Cecil Barker, del que había escuchado. Su mirada imponente, se dirigió rápida, con un guiño inquisitivo.

—Disculpen por interrumpir su conversación —dijo— pero deben prestarle atención a las últimas noticias.

—¿Un arresto?

—No tenemos esa suerte. Pero, encontraron su bicicleta. El tipo la abandonó. Vengan y véanla. Está a unas cien yardas de la puerta principal.

Hallamos a tres o cuatro sujetos curiosos en el camino, inspeccionando una bicicleta que había sido extraída de un grupo de arbustos, en los que había sido escondida. Era una Rudge-Whitworth, bien cuidada, embarrada como si hubiera hecho un considerable viaje. Había una canasta, con una llave francesa y una lata de aceite detrás del asiento, pero, ninguna pista de su propietario.

—Sería una magnífica ayuda para la policía —observó el inspector— si estas cosas fuesen numeradas y registradas. Pero debemos estar agradecidos de lo que tenemos. Si no podemos saber hacia dónde se fue, por lo menos podemos conocer su origen. ¿Pero qué pudo hacer que este individuo la dejara atrás? ¿Y cómo se ha alejado, sin ella? No parecemos tener ni un destello de luz en este caso, Holmes.

—¿Le parece? —respondió mi amigo pensativamente—. ¡Lo dudo!

Los personajes del drama

—¿Ha visto todo lo que desea en el estudio? —lo interrogó White Mason, mientras volvíamos a entrar a la casa.

—Por ahora —declaró el inspector y Holmes, asintió.

—Entonces, quizá les gustaría oír la declaración de algunas de las personas de la mansión. Podemos usar el comedor. Ames, por favor, entre primero, y cuéntenos lo que sabe.

El relato del mayordomo, fue simple y claro, y dio una convincente impresión de sinceridad. Había sido contratado hacía cinco años, cuando Douglas llegó por primera vez a Birlstone. Entendía que el señor Douglas, era un rico caballero, que había hecho su fortuna en América. Era un empleador amable y considerado, no como a lo que Ames, estaba acostumbrado, pero uno no puede tenerlo todo. Nunca, vio signos de recelo en el señor Douglas. Al contrario, era el hombre más temerario que había conocido. Ordenaba levantar el puente levadizo cada noche, porque era la antigua costumbre en la vieja mansión y le gustaba continuarla.

Douglas, raramente, iba a Londres o dejaba el pueblo; pero, el día anterior al crimen, había estado haciendo compras en Tunbridge Wells. Ames observó la falta de sueño y la excitación de Douglas, ese día; parecía impaciente e irritable, lo que era inusual en él. Esa noche, Ames, todavía no se había ido a la cama, estaba en la despensa guardando la vajilla de plata, cuando escuchó sonar el timbre, furiosamente. No escuchó disparo alguno, pero era casi imposible que lo hiciera, puesto que la despensa y las cocinas se hallaban en el fondo de la casa y había varias puertas cerradas y un largo pasillo en el medio. El ama de llaves, había salido de su cuarto, atraída por el violento campanillazo. Habían ido hasta la parte de delante de la casa, juntos.

Justo cuando llegaron al pie de la escalera, vieron a la señora Douglas, bajando. No, no corría; no parecía particularmente agitada. Justo cuando ella estaba por llegar al pie de la escalera, Barker salió corriendo desde el estudio. Detuvo a la señora Douglas, y le rogó que regresase.

—¡Por el amor de Dios, vuelva a su dormitorio! —exclamó —¡El pobre John, está muerto! No se puede hacer nada. ¡Por el amor de Dios, regrese!

Tras un poco de persuasión en la escalera, la señora Douglas, se retiró. No gritó. Tampoco se la vio llorar. La señora Allen, el ama de llaves, la había llevado arriba y estuvo con ella en su habitación. Ames y el señor Barker, regresaron al estudio, donde encontraron todo, exactamente, como la policía lo había visto. La vela, no estaba encendida en ese momento; pero, la lámpara estaba ardiendo. Miraron a través de la ventana; pero la noche era muy oscura y nada podía ser visto ni oído. Luego, se precipitaron al pasillo, donde Ames, hizo girar las poleas, que hicieron descender el puente levadizo. Barker, se apuró en avisar a la policía.

Ese era, en esencia, el relato del mayordomo.

La historia de la señora Allen, el ama de llaves, fue, hasta donde recuerdo, una corroboración de la de su compañero de trabajo. Su habitación, estaba más cerca del frente de la casa, que la despensa donde, Ames, trabajaba. Se preparaba para ir a dormir, cuando el fuerte sonido de la campanilla, atrajo su atención. Era un poco sorda. Quizás esa, fuera la razón por la que no oyó el disparo; pero de cualquier forma, el estudio estaba bastante lejos. Recuerda haber escuchado un sonido, que imaginó, sería el cierre de una puerta. Eso, fue un poco antes, media hora antes de sonar el timbre. Cuando Ames corrió hacia la parte delantera de la casa, ella fue con él. Vio al señor Barker, muy pálido y excitado, saliendo del estudio. Interceptó a la señora Douglas, que venía por la escalera. Él le suplicó que regresará, y ella le respondió, pero lo que ella dijo, no pudo oírlo.

—¡Llévesela! ¡Permanezca con ella! —le ordenó Ames, a la señora Allen.

Ella, la llevó a su habitación, y se esforzó en consolarla. Estaba muy excitada y temblaba, pero no hizo ningún

otro intento de bajar. Solo se sentó en bata, cerca de la chimenea del cuarto, con la cabeza hundida entre las manos. La señora Allen, estuvo con ella, la mayor parte de la noche. En cuanto a los demás sirvientes, todos se habían acostado, y la alarma no les llegó hasta poco antes de que llegará la policía. Los sirvientes, dormían en el extremo de la parte de atrás de la casa, y no habían podido prestar atención a nada.

Hasta aquí el ama de llaves, que no pudo añadir nada al interrogatorio, además de lamentaciones y expresiones de asombro.

Cecil Barker le siguió a Allen, como testigo. En cuanto a los sucesos de la noche anterior, tenía poco más que decir, que lo que ya había declarado a la policía. Personalmente, estaba convencido de que, el asesino, había escapado por la ventana. La mancha de sangre era concluyente, en su opinión, en ese punto. Además, como el puente estaba subido, no había otra posible manera de escape. No podía explicar qué había sido del asesino o por qué no había llevado su bicicleta, si en realidad era suya. Era imposible que se hubiera ahogado en el foso, pues no había ninguna parte más profunda que tres pies.

En su propia opinión, tenía una teoría muy definida del asesinato. Douglas, era un hombre reservado, y había ciertos capítulos de su vida, de los cuales nunca hablaba. Había emigrado a América, cuando era muy joven. Había conseguido prosperar, y Barker lo había conocido en California, donde se convirtieron en socios en un exitoso negocio minero, conocido como Benito Cañón. Les había ido muy bien; pero Douglas, súbitamente, vendió todo y se vino a Inglaterra. Ya era viudo, en esa época. Él, después de un tiempo, vendió sus propiedades y regresó a Inglaterra. Así fue como renovaron su amistad.

Siempre le había parecido que, algún extraño peligro pendía sobre la cabeza de Douglas, y consideraba que, la repentina partida de California y su vida, en un lugar reposado de Inglaterra, tenían relación con ese peligro. Imaginaba, que alguna sociedad secreta, una implacable organización, estaba tras el rastro de Douglas, y que no descansaría hasta acabar con él. Ciertas cosas que Douglas le había dicho, le sugirieron esta idea; aunque, nunca le

había dicho qué era la sociedad, o cómo la había ofendido. Solo podía suponer que la inscripción en la tarjeta, debía tener alguna relación con esta sociedad secreta.

—¿Cuánto tiempo estuvo con Douglas, en California? —interpeló el inspector MacDonald.

—Cinco años en total.

—¿Era soltero?

—Viudo.

—¿Alguna vez le oyó hablar de dónde venía su primera esposa?

—No, recuerdo que dijo que era de procedencia alemana, y he visto su retrato. Era una mujer muy hermosa. Murió de tifoidea, el año anterior a que yo lo conociera.

—¿No asocia su pasado, con algún lugar en particular de América?

—Lo oía hablar de Chicago. Conocía bien la ciudad y había trabajado ahí. Lo escuchaba hablar de los distritos de carbón y hierro. Había viajado mucho, en sus buenos tiempos.

—¿Era un político? ¿Esta sociedad secreta, tenía que ver con políticos?

—No, no le interesaba para nada la política.

—¿Tiene razones para pensar que era un criminal?

—Por el contrario, jamás vi a un hombre más derecho, en mi vida.

—¿Hubo algo curioso durante su vida en California?

—Le gustaba quedarse y trabajar en nuestras minas en las montañas. Nunca iba a ningún lugar, donde pudiera encontrarse con otras personas. Esa, fue la razón por la que comencé a pensar que alguien estaba detrás suyo. Luego, repentinamente, lo confirmé. Creo, que recibió una advertencia de algún tipo. Una semana después de su partida, media docena de hombres preguntaban por él.

—¿Qué clase de hombres?

—Era un grupo bastante rudo. Fueron al campamento y querían saber dónde estaba. Les dije que se había ido a Europa y que no sabía dónde encontrarlo. No tenían buenas intenciones, era fácil darse cuenta.

—¿Estos hombres eran americanos, californianos?

—Bueno, no sé si californianos. Pero sí, eran americanos. Aunque, no eran mineros. No sé lo que eran y me alegré mucho cuando se fueron.

—¿Eso fue hace seis años?

—Casi siete.

—Y antes, había estado cinco años con él, en California. Por lo que parece, este asunto ya lleva, por lo menos once años, ¿no?

—Así debe ser.

—Debe ser una enemistad muy seria si ha sido mantenida, con tanto recelo, durante tanto tiempo. No sería algo pequeño lo que la originó.

—Pienso que, ensombreció toda su vida. Nunca estaba tranquilo.

—¿Pero, si un hombre está en peligro y sabe por qué, no cree que debería llamar a la policía, por protección?

—Tal vez, era un peligro del cual no podía ser protegido. Hay algo que debe saber: siempre iba armado. Su revólver, nunca estaba fuera de su bolsillo. Pero, para su mala suerte, estaba en bata y había abandonado su dormitorio, aquella noche. Una vez que el puente estaba arriba, me imagino que creía que estaba a salvo.

—Me gustaría tener esas fechas un poco más claras —pronunció MacDonald—. Hace alrededor de seis años, desde que Douglas se fue de California. Lo siguió al año siguiente, ¿no es cierto?

—Así es.

—Y ha estado cinco años casado. Usted, debió haber regresado, más o menos, en la época de su casamiento.

—Como un mes antes. Yo fui su padrino.

—¿Conoció a la señora Douglas, antes de su matrimonio?

—No. Había estado fuera de Inglaterra, durante diez años.

—Pero la ha tratado bastante, desde entonces.

Barker miró severamente al detective.

—Lo he tratado mucho a él, desde entonces —respondió—. Si la he visto a ella, es porque no puede uno, visitar a un hombre, sin ver a su mujer. Si piensa que hay alguna conexión...

—No pienso nada, señor Barker. Debo hacer todas las investigaciones que pueda en este caso. Pero no me proponía ofenderlo.

—Algunas preguntas son ofensivas —contestó Barker, secamente.

—Solo son hechos lo que queremos. Está en su interés, y en el de todos, que sean aclarados. ¿Douglas aprobó la amistad con su esposa?

Barker se puso más pálido, y sus grandes y fuertes manos se cerraron compulsivamente, a la vez.

—¡No tiene derecho a hacer tales preguntas! —gritó— ¿Qué tiene esto que ver, con el problema que está investigando?

—Debo repetir la pregunta.

—Bueno, rehúso a responderla.

—Puede rehusar a responderla; pero debe saber que su negativa, es en sí, una respuesta, porque no rehusaría, si no tuviera algo que esconder.

Barker, se detuvo por un momento con el rostro duro, y sus cejas negras, dibujaron un intenso pensamiento. Luego, se volvió con una sonrisa.

—Bien, creo que, ustedes caballeros, solamente están haciendo su trabajo, después de todo, y no tengo derecho a obstruirlo. Solo les pediría, no molestar a la señora Douglas, con este asunto; porque ya ha tenido suficiente, hasta ahora. Les puedo decir que el pobre Douglas, únicamente tenía un defecto en el mundo, y eran sus celos. Era cariñoso conmigo, ningún hombre lo era más con su amigo. Y era amoroso con su esposa. Él, quería que viniera aquí, y siempre me mandaba buscar. Y no obstante, si su esposa y yo hablábamos solos, o aparecía una simpatía entre nosotros, una especie de ola de celos pasaba sobre él, y, entonces, perdía el control y decía las peores barbaridades. Más de una vez he dejado de venir por esa razón, y luego, me escribía cartas con disculpas, implorándome que volviera. ¡Pero, pueden creerme, caballeros, cuando mi última palabra es que, ningún hombre tuvo nunca, una esposa más querida y fiel ni un amigo más leal que yo!

Había hablado con fervor y sentimiento, y, sin embargo, el inspector MacDonald, no soltaba su pregunta.

—Conoce —profirió— que el anillo de bodas del cadáver, había sido quitado de su dedo.

— Así parece —indicó Barker.

—¿Qué quiere decir con «parece»? Sabe, que es un hecho.

El hombre, pareció confuso e indeciso.

—Cuando dije «parece», quería decir que era posible que él mismo, se lo hubiera quitado.

—¿El simple hecho de que su anillo esté ausente, quienquiera que lo haya retirado, sugeriría a cualquiera, no es así, que el matrimonio y la tragedia están conectados?

Barker encogió sus anchos hombros.

—No puedo pensar qué significa —contestó—. Pero, si insinúa que puede reflejarse de cualquier forma, en el honor de esta dama —sus ojos ardieron por un instante, y luego, con un esfuerzo evidente, contuvo sus propias emociones—, bueno, está sobre el camino equivocado.

—No tengo nada más que preguntarle, hasta ahora —señaló MacDonald, fríamente.

—Hay un pequeño punto —remarcó Sherlock Holmes—, ¿cuándo entró a la habitación, solamente había una vela encendida en la mesa, no?

—Sí, así es.

—¿Por esta luz, vio el terrible incidente?

—Exacto.

—¿Inmediatamente, tocó la campanilla, para pedir ayuda?

— Sí.

—¿Y llegó rápidamente?

—Como en un minuto, más o menos.

—Y cuando llegaron, encontraron, la vela apagada y la lámpara prendida. Eso es interesante.

De nuevo Barker, manifestó signos de indecisión.

—No veo lo interesante, señor Holmes, —contestó, después de una pausa—. La vela daba una luz muy mala. Mi primera idea fue la de poder ver mejor. La lámpara estaba en la mesa y la prendí.

—¿Y sopló la vela?

—Exacto.

Holmes no formuló más preguntas, y Barker, con una mirada deliberada a cada uno de nosotros con, como me

pareció, algo de desafío, se dio la vuelta y abandonó el cuarto. El inspector MacDonald, envió una nota para hablar con la señora Douglas en su habitación; pero nos respondió diciendo, que nos recibiría en el comedor. Entró, una alta y bella mujer, de unos treinta años, reservada y retraída, muy distinta de la trágica y perturbada mujer, que yo había imaginado. Es verdad que su cara estaba pálida y marcada, como la de alguien que ha pasado por un gran trauma; pero sus ademanes eran sosegados, y la mano, finamente moldeada, que descansaba en el borde de la mesa, estaba tan firme como la mía. Sus tristes y suplicantes ojos, viajaban de uno a otro de nosotros, con una expresión inquisitiva. La mirada, fija e interrogadora, se transformó, súbitamente, en una conversación abierta.

—¿Han encontrado algo ya? —consultó.

¿Fue mi imaginación, o había un pequeño tono de miedo, más que de esperanza, en la interpelación?

—Hemos dado todos los pasos necesarios, señora Douglas —expresó el inspector—. Puede estar segura que nada, será descuidado.

—No se preocupen por el dinero —dijo en un tono muerto y llano—. Es mi deseo que todo esfuerzo posible, sea realizado.

—Quizá, pueda decirnos algo, que arroje alguna luz al asunto.

—Me temo que no; pero todo lo que sé, está a su servicio.

—Hemos escuchado de Cecil Barker, que usted no vio nada, que nunca estuvo en el cuarto, donde sucedió la tragedia.

—No, él me llevó de vuelta a las escaleras. Me suplicó que regresara a mi habitación.

—Así es. ¿Oyó el disparo, e inmediatamente bajó?

—Me puse la bata y, después, bajé.

—¿Cuánto tiempo pasó, entre que percibió el disparo y que Barker la detuvo en la escalera?

—Pueden haber sido un par de minutos. Es difícil darse cuenta del tiempo, en esos momentos. Me imploró que no siguiera. Me aseguró que no podía hacer nada. Luego, la señora Allen, el ama de llaves, me acompañó arriba, nuevamente. Era todo como un horrendo sueño.

—¿Puede darnos una idea de cuánto tiempo, su esposo, había estado abajo, antes del disparo?

—No, no puedo. Salió de su vestidor y no lo escuché irse. Daba una vuelta por la casa todas las noches, porque lo asustaba el fuego. Era la única cosa que yo sabía que lo atemorizaba.

—Ese es el punto al que quiero llegar, señora Douglas. Usted, conoció a su marido en Inglaterra, ¿no es así?

—Sí, hemos estado casados cinco años.

—¿Lo oyó hablar de algo que le haya ocurrido en América y que le podría traer algún peligro?

La señora Douglas meditó seriamente, antes de responder.

—Sí —explicó por fin—, siempre sentí que había cierto peligro sobre él. Rehusaba discutirlo conmigo. No fue por falta de confianza en mí, había el amor más completo y leal entre nosotros, pero, quería con todas sus fuerzas, mantener cualquier alarma lejos de mí. Especuló que me asustaría si lo sabía todo, por eso estaba tan callado.

—¿Cómo lo supo, entonces?

La cara de la señora Douglas, se encendió con una rápida sonrisa.

—¿Puede un cónyuge cargar su secreto toda la vida, sin que la mujer que lo ama, tenga una sospecha al respecto? Entendía su rechazo a hablar de ciertos episodios de su vida americana. Lo entendía, por ciertas precauciones que tomaba. Lo entendía, por ciertas palabras que se le escapaban. Lo entendía, por la manera en que miraba a los extraños inesperados. Estaba absolutamente segura, que tenía poderosos enemigos, que creía que iban tras su rastro, y que siempre, estaba en guardia contra ellos. Estaba tan segura de ello, que durante años, he estado aterrorizada, si llegaba más tarde de lo esperado.

—¿Puedo preguntar —formuló Holmes— qué palabras fueron las que atrajeron su atención?

—El valle del terror —contestó la señora—. Esa, fue una expresión que usó cuando lo interrogué. «He estado en el valle del terror. No estoy fuera de él todavía». «¿Nunca podremos salir del valle del terror?» le pregunté, cuando lo

vi más serio de lo usual. «A veces pienso que nunca podremos», respondió.

—¿Seguramente, le cuestionó qué quería decir con el valle del terror?

—Lo hice; pero su rostro se volvió muy grave y sacudió la cabeza. «Es suficientemente malo que, uno de nosotros, esté bajo su sombra» dijo. «¡Ruega a Dios que nunca caiga sobre ti!» Era un valle real, en el cual había vivido y en el que algo terrible le había ocurrido, de eso estoy segura; pero más no le puedo decir.

—¿Y alguna vez mencionó nombres?

—Sí, estaba delirando por fiebre, una vez, cuando tuvo su accidente cazando, tres años atrás. Recuerdo, que había un nombre que, continuamente, venía a sus labios. Lo pronunciaba con furia y una cierta clase de horror. McGinty, era el nombre, jefe del cuerpo McGinty. Le pregunté, al recuperarse, quién era el jefe del cuerpo McGinty, y de qué cuerpo era jefe. «¡Nunca del mío, gracias a Dios!» respondió con una risa, y eso fue todo lo que pude sacar de él. Pero, hay una conexión entre el jefe del cuerpo McGinty y el valle del terror.

—Hay otro punto —añadió el inspector MacDonald—. ¿Conoció a Douglas en una pensión, en Londres, no es así, y se comprometieron allí? ¿Hubo algún romance, algo secreto o misterioso, concerniente al matrimonio?

—Hubo romance. Siempre hay romance. No hubo nada misterioso.

—¿No tuvo un rival?

—No, yo estaba libre.

—Ha oído, sin duda, que su anillo de bodas fue retirado. ¿Eso le sugiere algo? Suponga, que algún enemigo de su vida pasada, lo haya seguido y cometido este crimen, ¿qué posible razón podría tener, para quitarle su anillo de compromiso?

Por un instante, podría haber jurado que la más débil sombra de una sonrisa, se filtró por los labios de la mujer.

—Realmente, no lo puedo decir —reconoció—. Es, ciertamente, una cosa extraordinaria.

—Bueno, no la detendremos por más tiempo, y le pedimos disculpas, por haberle ocasionado problemas, en

este momento tan angustioso —dijo el inspector—. Hay otros puntos, sin duda; pero se los comunicaremos, a medida que sea necesario.

Ella se levantó, y nuevamente vi esa rápida mirada inquisitiva que nos examinaba. «¿Qué impresión les ha producido mi testimonio?» La pregunta pudo bien, haber sido dicha. Después de despedirse, se retiró del cuarto.

—Es una mujer hermosa, una mujer muy hermosa —pronunció MacDonald, pensativamente, después de que la puerta se cerrara tras ella—. Este hombre, Barker, ha tenido un importante rol en esto. Es un hombre que puede ser atractivo para una mujer. Admite que el muerto era celoso, y quizás, sabe muy bien la causa de sus celos. Ahí está el anillo. No lo podemos pasar por alto. El hombre que tira del anillo de compromiso de un cadáver... ¿Qué dice, Holmes?

Mi amigo estaba sentado, con la cabeza apoyada en las manos, enfrascado en una profunda meditación. Luego, se levantó e hizo sonar la campana.

—Ames —expresó, cuando el mayordomo hubo ingresado—, ¿dónde está Cecil Barker ahora?

—Voy a ver, señor.

Regresó en un momento, para decir que Barker estaba en el jardín.

—¿Puede recordar, Ames, qué era lo que Barker tenía puesto en sus pies, cuando lo encontró, en el estudio?

—Sí, señor Holmes. Tenía puestas sus pantuflas. Le llevé las botas, cuando salió a buscar a la policía.

—¿Dónde están las pantuflas ahora?

—Aún están debajo de una silla, en el hall de entrada.

—Muy bien, Ames. Es, por supuesto, importante para nosotros, saber cuáles pertenecen al señor Barker y cuales no.

—Sí señor. Debo decir, que he notado que las pantuflas están manchadas con sangre, pero también lo están las mías.

—Eso es lógico, considerando las condiciones de la habitación. Muy bien, Ames. Nosotros le llamaremos, si lo necesitamos.

Pocos minutos después, estábamos en el estudio. Holmes, trajo consigo las pantuflas del hall. Como Ames dijo, las suelas estaban manchadas con sangre.

—¡Extraño! —murmuró Holmes, mientras permanecía a la luz de la ventana y las examinaba minuciosamente—. ¡Muy extraño, en realidad!

Inclinándose con uno de sus rápidos impulsos felinos, colocó la pantufla sobre la marca de sangre en el umbral. Se correspondía exactamente. Sonrió en silencio a sus colegas.

La expresión del inspector, se transfiguró por la excitación. Su acento nativo sonaba como una vara contra las rejas.

—¡No quedan dudas! —prorrumpió— Barker ha marcado la ventana. Es bastante más ancha que cualquier otra marca de pie. Recuerdo que, usted dijo que, era un pie achatado, y aquí está la explicación. ¿Pero, cuál es el juego, Holmes, cuál es el juego?

—Eso, ¿cuál es el juego? —mi amigo repitió pensativo.

White Mason, se rió entre dientes y frotó sus manos gordas, con satisfacción profesional.

—¡Dije que era un caso formidable! —gritó— Y ya, no quedan dudas.